
REJUNTE URGENTE
PARA OTRO
FIN DEL MUNDO
POSIBLE
BLA
BLA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

En medio de esta pandemia transmitida con precisión milimétrica, y con las sensaciones agolpadas en la espina dorsal, recuerdo empezar el 2020 con los incendios allá del otro lado del mundo. Una noche de verano, feriando en Traslasierra, miré al cielo y sentí en la luna opaca la llegada de las cenizas. Y con ellas, la certeza del final de mis promesas de abundancia y de construir paraísos en la tierra.

Cuando pienso en el fin del mundo, una red de incertidumbres, nudos en la garganta, afectos colectivos y luchas se me arremolinan alrededor, en medio de este terrible distanciamiento físico, y el contador capitalista de la catástrofe zumbándome sin principio ni fin.

Estamos construyendo el fin del mundo, de un mundo que se nos pudre entre las manos. Abrazando la tierra quemada, pienso en mis hermanxs chilenxs y su extensa red de poner el cuerpo a la primera línea, pero también a los cuidados colectivos y al reconstruir los tejidos sociales con otras líneas, otras lanas, otras manos (y pezuñas). Ya nos dijeron que no vamos a volver a la normalidad porque la normalidad era el problema. Y que hacer otro fin del mundo es hacer todo eso, juntito y al mismo tiempo.

Este rejunte veloz, sencillo y desafiante pretende ser una instantánea de los primeros días en los que vivimos nuestra primera gran reclusión internacional. Hiperconectadxs, con la precarización atravesando la piel y las fronteras, con las urgencias de estrechar lazos y fortalecer y poner a prueba las redes que construimos, y sobretodo, como se dice, con el culo lleno de preguntas. El mío, al menos.

¿Qué mejor momento para imaginarnos otros finales, para fantasear y especular con los devenires de esta tierra quemada y aun fértil?

Vuela este ensayo colectivo, pa que se multiplique, florezca y expanda hacia otras narrativas, otros imaginarios, otras nuevas redes para anudarnos.

EMITXIN IG@EMITXIN EMITXIN@GMAIL.COM



EL

LEVAN TAMIENTO

Era una mañana cálida y silenciosa aquella, Lucía siempre la recordaría así. Aun a pesar del estado de sitio los automóviles seguían recorriendo las calles, y los locales comerciales, como los hospitales, bullían de gente que iba y venía. A fin de cuentas, lxs cuerpxs debían seguir manteniendo en funcionamiento la maquinaria atroz del capitalismo.
Su mamá la despertó como siempre, acariciándole el hombro y la frente, le dio un besito en la mejilla que le hizo cosquillas, y ella sonrió mientras se desperezaba. Amaba tanto a Norma, aunque a veces le hiciera rabiar, o se hartase de que le dijera lo que se suponía que podía o no hacer. Norma era bastante progresista para la época, y aunque cristiana, comenzaba a replantearse el lugar que tenían las mujeres en aquellos días, así como el lugar que tendría ella, en los planes de su dios...varios años llevaba de divorciada, y estaba feliz a pesar de lo difícil que era ser mamá sola.
-No estás sola ma. Estamos juntas..._ le dijo Lucía más de una vez, y la tercera fue suficiente para entender que no necesitaba otra cosa más que su propia fuerza.
Lucía, de nueve años, venía con fiebre desde un par de días atrás, y la reclusión que el toque de queda ordenaba no mejoraba la situación. Pesadillas en las noches, despertares sudorosos, amaneceres que le pintaban ojeras a las dos. Afuera no estaba mejor, un año atrás los gobiernos mundiales hubieron pactado un acuerdo para conformar el Bloque Unido Democrático, donde casi el total de estados soberanos del mundo habían depositado el poder, en un solo representante, que ahora declaraba la guerra al resto de naciones que no se adherían a la Unión.
La guerra civil estalló en varias provincias, y pueblos desde el primer momento de aquel acuerdo, aunque, como sabía Norma, algunos sitios se encontraban exentos de estos horrores, y las comunidades comenzaban a organizarse de maneras más amigables.
-Veníte a Barreal- le dijo su madre. Norma quería hacerlo hacia unas semanas, pero con el avance de los días y los enfrentamientos, la custodia de la ciudad por parte de la Guardia Soberana, era

cada vez más estricta.
Lucía terminó el desayuno junto a su mamá, y bajaron las escaleras del pequeño departamentito que tenían sobre la calle Salta, el sol centellaba entre las hojas amarillentas de los árboles, que abrazaban el otoño de a poco. La niña le sonrío a la mujer mientras le tomaba fuertemente la mano y se encaminaban hasta la guardia del hospital que quedaba a unas cuadras.
La pandemia diezmó a casi una cuarta parte de la población mundial, y a pesar de los esfuerzos que los países parecían hacer para darle fin a la enfermedad, que azotaba el planeta, todo era en vano, mientras las victimas iban en aumento.
Norma sabía, como muchxs ciudadanxs del mundo, que la historia como la conocían había llegado a su fin hacía tiempo atrás, pero, lxs más esperanzadxs economistas, estadistas, empresarixs y políticxs, creían aun que el sistema tal cual fue heredado podía salvarse. Y era claro que no.
Pero, muy a su pesar, esos temas no eran algo que le interesara a aquella madre en ese momento. Estaba más preocupada por su pequeña, que venía enferma, y no se recuperaba. Norma temía perderle.
La calle estaba concurrida ese día, aquí y allá un par de burócratas cruzaban de vereda en vereda, y en algunas esquinas las postas de la Guardia Soberana detenían a quienes les venía en gana. Lucía miraba el cielo claro de la mañana, sonriente, donde pájaros revoloteaban agitados, pero sin emitir canto alguno. Se sintió rara mientras cruzaban la plaza y disminuyó la velocidad en su andar, le pareció marearse.
Norma percibió la pesadez en la mano de su pequeña cuando llegaban a la senda peatonal que unía la Plaza Central con el Paseo de los Comercios. Había estado muy concentrada en las actitudes de policías y militares, y en sus uniformes nuevos color negro con la insignia del gobierno global.
La mujer se arrodilló mirando a la niña, que blanqueaba los ojos de pronto.
-Lu, bebé. ¿Estás bien? Miráme!- le dijo angustiada, pero con firmeza.

Lucía no pudo obedecer la voz de la mujer, que le pareció tan lejana ahora, y de pronto su cuerpo se puso tieso. Norma gritó, mientras la pequeñita caía en sus brazos.
Del otro lado de la calle, los miembros de la Guardia, prestos y alertas, cruzaron a su encuentro, colocándose los cascos de protección, que la Organización Mundial de la Salud mandaba que fuesen usados frente a los infectados de La Plaga negra.
Norma lloraba con su niña en brazos, gritaba por ayuda, estirando los dedos hacia lxs transeúntes, que espantadxs les observaban desde lejos, mientras la Guardia Soberana le ordenaba quedarse quieta, a punta de pistola.
-¡Al suelo boca abajo!- le gritó unx. Ella lloraba y Lucía, que se soltaba de a poco, músculo por músculo, comenzaba a convulsionar.
Los pajaros en las arboledas cantaron.
-¡Al suelo boca abajo!- mandó otrx.
-¡Íbamos al Hospital! ¡Ayúdenla! ¡Íbamos al Hospital!- repetía entre llantos la madre desolada.
Desde el Paseo de los Comercios, donde la gente se aglutinaba mirando a la esquina de la plaza, otro grito se alzó, y un ruido de vidrios estallando hizo que lxs transeúntes se agazaparan aterradxs.
Del lado contrario de la plaza, donde Lucía yacía, un hombre horrorizado advirtió a gritos que un niño, de los que dormían en la calle, convulsionaba también. Más allá, cerca de la catedral otro estallido vino, haciendo retumbar la campana y caer el campanario.
Lucía, por su parte, ante la mirada de los ojos acuosos de su madre, se irguió ahora, cubierta de un brillo dorado y sobre natural, que parecía levantarla sobre el suelo, levitando.
Aterradxs, lxs miembrxs de la Guardia Soberana abrieron fuego contra la niña, pero ningún proyectil surtió efecto, y ella les hizo a un lado con un movimiento de la mano, mientras ascendía cada vez más alto sobre la plaza.
Norma, anonadada, comenzó a reír, quizás de alegría o quizás por haber perdido la cordura, sentada y expectante del gran

número de niñxs que desde diferentes puntos parecían venir a reunirse, flotando, sobre las copas de los árboles que se agitaban.
Una bandada de pájaros enloquecidxs cantó, recorriendo el cielo y dibujando formas, mientras debajo, hombres y mujeres, corrían espantadxs sin saber dónde ir, chocándose, gritando y entregándose a la locura.
Para quienes se encontraban lejos, el caótico coro llego tarde. Algunxs se percataron del espectáculo saliendo por los balcones al oír el ulular de las sirenas de los autos de la Guardia, creyendo que se trataba de un enfrentamiento armado. La Guardia también lo creyó.
Lxs niñxs, que flotaban sobre todos los bosques y plazas, y parques del mundo, alzaron sus voces en un canto que parecía el rugir de un temblor, y la tierra tembló, mientras se rajaba, derrumbando torres, templos, bancos, y todo rastro humano.
Los bosques se alzaron en un abrir y cerrar de ojos, y fue la primavera eterna.
Desde fuera del planeta, un verde brillante refulgió en el espacio.
Niñas y niños dejaron de ser, mientras sus cuerpos estallaban abriendo las carnes, por donde brotaban ramas y hojas y formas arboladas que ningún poeta hubo soñado jamás.
Y por fin, después de siglos de opresión, lxs espíritus de La Tierra volvieron a andar sobre el mundo, sin temor y sin fronteras.


QUE
LA
MUERTE
NOS ENCUENTRE

Ernesto se levantó de madrugada, dejó la cama, buscó a tientas un abrigo y caminó fuera de la cabaña. Aún no había ni un rayo de sol.
Apenas abrió la puerta, el viento y el sonido del mar, lo despertaron del todo. Se acercó a la orilla, vio los primeros rayos de sol tiñendo las nubes bajas.
Era una vista espectacular, mágico, sublime. Sus viejos ojos verdes se llenaron de lágrimas.
Pronto cumpliría sesentaytodos, como decía su nieto más chico. La edad, a él, ya no le asustaba. Miró sus manos arrugadas y trigueñas, se acarició el cabello lleno de canas... ya el tiempo había pasado para él.
Y el mundo estaba sumido en el caos, en la paranoia, todo se iba directamente a la basura.
Pero él estaba en una playa, de un pueblito pequeño en Brasil. Había alquilado una cómoda cabaña con su esposa, justo al lado del mar. Era su primera luna de miel. Las crisis, las deudas, la vida, había hecho que aplazaran ese viaje durante casi 30 años.
Con Mariana se amaban con locura. Habían compartido toda una vida, de militancia, de trabajo, de xaternidad, cinco hijes, diez nietes, un bisnieto y otra en camino.
Era feliz, había trabajado toda su vida, se había roto el culo, él y su compañera, ambos profesionales que se habían apoyado mutuamente, habían trabajado a la par, en la casa, en la universidad, en el territorio de los barrios.
Y ahí estaban. Terminando las vacaciones, la luna de miel... en medio de un caos, de una emergencia sanitaria que llegaba a todas partes... pero no asustaba a ese pueblito, no llegaba a esa cabaña.
Sabían por las noticias, por lo que decía la gente, por el diario que leían en el único barcito del pueblo. Pero el pueblo estaba tranquilo, no iban a venir más turistas en esa temporada y, si venían, los paraban en el límite y les pedían volver a casa.
Ernesto sabía que no iba a pasar nada, lo sabía porque ya había vivido toda su vida y él pensaba, mientras veía al sol asomarse e iluminar de rosado las nubes, que ya estaba todo hecho.

Escuchó la puerta de la cabaña y apenas pudo captas las pisadas de ella en la arena, acercándose. Ella estaba con la mirada puesta en el horizonte, mientras el sol subía.
Ernesto ya sabía lo que iba a pasar segundos después: ella se iba a acercar, lo iba a abraza por detrás, le iba a dar un beso en la nuca... y así lo hizo ella. Lo abrazó, un poco más fuerte que de costumbre; respiró el aroma de la piel de él, se quedó allí unos segundos demás, disfrutando y finalmente lo besó en la nuca, suavemente, durante un largo momento.
Cuando se separó, el suspiro de ella decía "no quiero volver a casa".
Él tampoco quería volver.
El mundo era un caos y si volvían a Argentina, era seguro que sus hijos los iban a encerrar en su departamentito de dos por dos, en pleno Palermo, el que les compraron cuando vendieron la casa enorme de los abuelos de Ernesto.
Sí, era un lugar muy coqueto, muy seguro, muy cómodo... pero el encierro allá no era una opción. Ser prisioneros en su propia casa, después de trabajar varias décadas juntos, para poder cumplir la promesa de una luna de miel frente a un mar celeste y transparente.
Él se dio vuelta, se encontró con aquellos ojos que conocía tan bien. Ella sonrió.
Obreros, estudiantes, profes universitarios, militantes, prisioneros de los primeros años de la dictadura, exiliados, sobrevivientes... toda la historia de los dos se hizo abrazo, como cuando se abrazaron después de volver a Argentina.
-Negrita, amor, ¿te parece que nos quedemos acá? -señaló la cabaña- Tenemos los ahorros, de toda la vida, le pedimos un poco más al Hernán de lo que nos deben él y Clarita de la venta de la casa de mis abuelos. -se encogió de hombros y ambos miraron al mar. Él apoyó su cabeza sobre la plateada cabellera de ella- Sí, los chicos se van a enojar, pero yo estoy mal del corazón. Vos tenés tus problemas de pulmones, los dos estamos con la salud siempre ahí, pendiente de un hilo. Ahora no estamos mal... -buscó los ojos de ella- Quedémonos acá. Es al pedo irnos. Es al

pedo volver. Los chicos ya están grandes, tienen buenos trabajos, saben cuidarse. Incluso, si se quedan sin laburo, pueden sobrevivir con los ahorros que tienen.
Ella le sonrió.
-Si la muerte nos alcanza, que nos alcance en este lugar. Es lo único que necesito -levantó una mano hacia él, le acarició los labios- Vos, esta playa, el ruido de las olas, el viento...
-Sucundún, sucundún -canturreó él y ella se rió con esa risa dulce y cristalina que no le escuchaba desde hace tanto tiempo. Se abrazaron mientras se mecían en un baile coordinado por el sonido del mar.
-Y comer fruta hasta reventar...
-Y este abrazo por la espalda, este beso en la nuca. -susurró él.
-Y nada más. -el abrazo se volvió beso, suave, amoroso.
-Ya estamos viejos para tanto encierro. Ya hemos pasado por eso. Prefiero el exilio por elección, con vos, en este pequeño paraíso.
Se sentaron juntos, abrazados, en la arena. Ella se sacó la chalina de colores del atardecer y lo envolvió, se metió entre sus brazos y se quedaron ahí, mirando el amanecer.
Esperando el fin del mundo.
Que la muerte los encontrara... si podía.

UNA
PLAZA

El mundo se acabó.
Y hubo silencio.
No más comunicados.
Ni gobiernos. Ni fuerza.
Ni internet. Ni medios.
La gente un día se levantó y ahí estaba: el vacío, el silencio, el abandono.
Donde estaban las casas de gobierno, las comisarías, los cuarteles de las fuerzas, sólo quedaban espacios vacíos, como si nunca hubiese existido nada de aquel orden ficticio, pero necesario para calmar a las bestias.
Las primeras semanas fue un caos.
Les jóvenes se organizaron en tribus urbanas, les niñes se hicieron amigues y jugaron nuevos juegos, los hombres fueron a "salvar el mundo" e indicarle al resto lo que tenían que hacer sin que nadie preguntara.
Las mujeres intentaron cubrir cada hueco, cuidar cada cuerpa, asistir... era para lo que se las había programado. Era el "llamado natural", según decían los dinosaurios de los barrios.
Y en el medio del caos, de esa nada, de la violencia, de ese todo, el primer domingo de un mes cualquiera, una chica con un tatuaje de fuega en el pecho se sentó en la vieja Plaza Seca con su parche y su arte; con su almita sola, en el silencio de La Docta abandonada.
Nadie vino.
Pasaron domingos y al siguiente mes, de nuevo, allí estaba. La chica, con su gato naranja subido al hombro, parchando y con su arte. En silencio, pintando algo en un cuadernito de notas destartalado.
Pero alguien apareció.
Tenía cuadernitos en un morral y las manos ocupadas, por las manitas pequeñas de sus gemelas, que reían y cantaban un arroz con leche violeta. Le propusieron a la chica del tatuaje jugar al Piedra, Papel y Tijera. Compartieron mates, comida y anécdotas. Antes de irse, la chica de los cuadernos le regaló una nueva bitácora de dibujos a la artista. Prometieron volver verse.

Y pasaron los domingos. Y al siguiente, la Plaza Seca de La Docta ya tenía otras personas dando vueltas: una madre de cabello corto y voz potente, con sus dos hijas artistas que amaban cantar; una joven de cabello rosado y ojos clarísimos que invitaba a comer pan; une compañere que hacía muñequitos multicolores; unas chicas de rulos, vestimentas coloridas, se ocuparon llevando y trayendo cosas, para que todo funcionara; músiques, payases, artesanes, dibujantes, cocineres, tejedores, y muches más.
Sin internet, sin comunicación, la voz había corrido y con el arte intacto, los sueños en alto, volvieron a reunirse como cada domingo, para intercambiar, para crear, sanar, compartir, hablar, escuchar, abrazar.
El mundo se fue reorganizando y fueron ellas, elles y ellos, mujeres, trans, lesbianas, no binaries, travestis, bisexuales... feministas organizadas, que volvieron a la raíz de todo, para reencontrarse en un abrazo, en una Plaza, que volvieron verde, violeta, llena de vida y plantas.



MARE

Ellas siempre revisaron que yo volviera a casa.
No importaba la hora. Estaban atentas y recién cerraban las ventanas cuando me veían volver.
Yo empecé a tomarle cariño a ese cuidado silencioso.
Comenzamos a intercambiar saludos tímidos. Un “buenos días”, nos dijimos los nombres en algún momento, un “¿Cómo estás?”.
Pero fue Mare* la que nos unió.
La nena nació hace unos 8/9 meses. La vi pequeñita en brazos de la madre, la veo más grande entre sus mayores escuchando atentamente lo que le dicen... y cada vez que me ve subiendo la pendiente de la calle, sonríe y me hace fiesta..
Hija, nieta, retoño, milagro.
Mare ha crecido junto a su sonrisa. Y cuando ellas (las Brujas de mitad de cuadra, así las llamo con cariño), notaron que la nena me reconocía y se ponía feliz, empezaron a hablarme más seguido.
Me preguntan por mi día a día, por mi trabajo, me desean suerte, les interesa saber cómo estoy. Y ellas, la Bruja Abuela y la Bruja Madre, me han contado su día a día interrumpidas por Mare que me habla en su idioma bebé.
Están sin trabajo fijo, me preguntaron si conocía a alguien que las pudiera necesitar y, como no conozco mucha gente me ofrecí a hacerles unos flyers para promocionar sus labores por las redes.
También me contaron que a veces van a buscar leche al dispensario y que la nena ha bajado de peso, que come, pero es selectiva.
Les dije que si necesitaban algo, me avisaran. No estoy en la mejor de las situaciones económicas, pero una manito siempre se puede dar.
Empecé a comprar y llevarles yogurth de vainilla regularmente, porque es el favorito de Mare.
Cuando empezó la cuarentena obligatoria, les pregunté si necesitaban algo, que iba al súper. Las Brujas mayores son grupo de riesgo y Mare no sube el peso que tiene que subir, aún.
Me respondieron que estaban sin plata. Les repetí con una sonrisa si necesitaban algo, no sí tenían plata.

Les faltaban pañales G. Les compré los pañales y yogurth de vainilla.
Me quisieron retribuir con algo de dinero. No se los acepté, diciéndoles "está difícil para todos".
Y sí, carajo, sí.
Está difícil.
Ellas sin laburo, yo como freelancer con un cliente menos y otro pendiendo de un hilo
Hoy pasé de nuevo loma arriba y me preguntó la Bruja Abuela si me gustaban los Tomates Cherrys, que ella tenía un montón en su huerta. Sonreí. Le dije que amaba los Cherrys.
Me dijo que cuando volviera me iba a dar algunos, que tenía plantas enteras, explotando.
Volví de la verdulería con algunas bananas extras para Mare y recibí a cambio una bolsa entera de Cherrys frescos, con un aroma a sierra mentolada que no puedo describir.
Me faltan las palabras, me sobran las lágrimas de agradecimiento. Y no puedo dar abrazos...
En días de cuarentena hay distancia, aislamiento, soledad... pero entre nosotras no falta el intercambio de una sonrisa, de una necesidad, de una simple palabra amable.
El cuidado es mutuo.
El cariño es grande.
Nos necesitamos siempre. Hoy más que nunca.

*Nombre ficticio, situación real.

MANOS VERDES

Puso una mano en la tierra.
Entre sus dedos crecieron brotes pequeños, minúsculos, cargados de vida, de intención, de deseo de ver el sol.
De sus pies se desplegaron raíces y con ellas sintió el mundo. Respiraba.
El mundo estaba aún vivo. Y respiraba, como un murmullo ronco, cansado, dormido... Pero allí estaba.
Y con los ojos cerrados cantó a sus amigas y amigues, con los ojos cerrados los invitó a poner las manos sobre la tierra.
Y se armó una cadena silenciosa, de personas que ponían sus manos en la tierra, de brotes que nacían entre los dedos, de sol que besaba las hojas, los labios, los cabellos, las flores, de raíces que llegaban a otros y que unían el canto.
El mundo despertó.

QUE LA MUERTE NOS ENCUENTRE | UNA PLAZA | MARE | MANOS VERDES

LUCÍA GREGORCZUK
IG@UTZGREG TW@UTZGREGOR FB@LU.GREGORCZUK



BESTIA IG@BESTIA_TATTOO

Para unx gatx de departamento, el fin del mundo está en la puerta de salida a la calle. Esa que no logra atravesar más que por algún descuido de quien lx cuida y alimenta.
Para nosotrxs – es decir, para mi manada- el fin sería una excusa para reinventarse, no sin miedo a romperse primero.
Para unx gatx de departamento, el fin también es una ilusión. Como el vidrio de la ventana a través de la cual ve algo que no conoce más que como reflejo, lejano y cercano a la vez.
Para mí, el mundo es un orden posible de lo establecido. El rosa para nenas, el celeste para nenes. Es decir, un poco de ese vidrio sucio con vista a la calle.
Aprendí de mis gatxs de departamento: sacar las uñas como defensa, girar en las caídas para amortiguar el dolor, lamerse y lamer a lxs cercanxs, sentirse segurx durmiendo bien alto, vomitar lo que atraganta, saber que detrás de la puerta, detrás del vidrio, siempre hay una salida y nunca dejar de intentar escapar.





LOTO NOVUS

Esa mañana en la que amaneció Loto Novus no parecía igual a las otras. El cuarto donde dormía se había vuelto un tanto extraño, no podía definir si la habitación se había vuelto más pequeña, más amplia, si faltaba algo o si alguien había agregado algo nuevo. Loto sentía algo extraño, un poco de aspecto tétrico, penumbras y, a la vez, un aire, una brisa, un espacio esperanzador. Mientras que pensaba en todo eso, Caléndula -su madre- y Fresno -su padre- lo estaban llamando a desayunar. El aroma a semillas tostadas y mermeladas lograron que se olvidara de eso que sentía y que hasta lo hacía palpitar.
Bajó de un salto de la cama y se fue a desayunar. La sensación del cuarto pasó al olvido y luego de desayunar volvió a su habitual rutina. Ir a su cuarto y quedarse horas encerrado en él, tenía amigxs en línea con lxs que jugaba diversos juegos; pero sobre todo, lo que más le entretenía era construir con diversos juguetes grandes edificios, ciudades enteras que carecían de verde o de contacto entre personas, a lo sumo había grandes autopistas bordeando y atravesando toda la ciudad imaginaria. A veces se sumaba Copo, un amigo de la cuadra con el cual pasaban horas de juego en el cuarto. Esa habitación se había vuelto el gran mundo de Loto, tenía todo ordenado ahí dentro, todo calculado, milimetrado, no había nada que estuviera fuera de su control y decisión. Ese día por la tarde, Copo mientras jugaba con él en el cuarto lo mira fijo, hasta un poco asustado y le pregunta si no se sentía extraño hoy, como si algo fuera a pasar, como si se avecinara un cambio en sus vidas. Se miran ambos con un poco de miedo, de ese que te eriza la piel, y luego se ríen y despiden hasta el otro día. Más tarde esa noche, un rato antes de la cena las lámparas de la casa de Loto comienzan a moverse en un vaivén primero lento y luego con más fuerza, los muebles empiezan a rechinar. Loto se asusta y salta a los brazos de Caléndula que con caricias y abrazos lo tranquiliza. En eso, un ruido con un gran estruendo inunda toda la casa, sonó como el desplome de algo... Cuando revisan las habitaciones, una gran grieta se había producido en la pared de la habitación de Loto. El cuarto se volvía inseguro para habitarlo, por unos días hasta que lo arreglaran ya

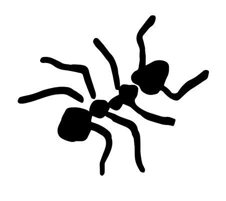
no se podía estar más allí. Loto no quería saber nada, pataleaba, lloraba, gritaba que quería estar en su cuarto. Su mundo se estaba cayendo a pedazos y a nadie parecía importarle tanto como a él. Caléndula y Fresno lo consolaron y le dijeron que en los próximos días saliera a jugar al patio, al jardín mientras reconstruían la pared agrietada.
Fue así que al día siguiente se fue a jugar al jardín. No sabía mucho qué hacer, no estaba habituado a ese espacio, al verde, a los sonidos de afuera...un poco se aburría, quiso construir unos edificios con ramas y hojas pero el viento se lo desarmó. Enojado se puso a ver unos renacuajos en un charco. En eso llega Copo con una nueva vecina, Estrella. Juegan en el jardín toda la tarde y los invita al día siguiente a su casa. Cuando llegan al otro día a casa de Estrella, ella le pregunta a Loto qué le pasaba. Se le veía de cara triste desanimado, Loto le dice que estaba construyendo una gran ciudad y que no la podía continuar porque estaban arreglando la pared de su cuarto, que tampoco podía jugar con sus amigxs en línea porque se había caído internet y que lo ponía triste porque estaba justo por ganarles a todxs.
Estrella con una gran sonrisa le dice: no te preocupes, yo tengo otro juego que podemos hacer juntxs e invita a Copo y Loto al patio del fondo de la casa. Ni bien pasan la puerta Poroto, el perro de la casa les salta y pasa la lengua. Vienen corriendo también, Oliva la gata y Rayo el gato. Loto se asusta, no solía estar cerca de animales. Lo cual poco le importó a Poroto que le pasó la lengua por toda la cara y salió corriendo a dar vuelta para morderse su cola.
Caminan unos pasos y Estrella saca unas palas y delantales para entrar en la huerta que tenía en la casa. Pasaron horas siguiendo el camino de unas hormigas, encontraron luego una oruga de mariposa. Entre lxs tres se organizaron para cosechar los tomatitos cherrys que desaparecieron en menos de dos segundos. Sin darse cuenta, Loto ya no extrañaba su cuarto, ni la gran ciudad en construcción, ni los juegos en línea. Quería volver de nuevo al otro día a la huerta con Copo y Estrella, construir un bebedero para pájaros, dibujar cada hierba nueva que conocía, ser parte de esa huerta colectiva.

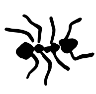
Esa noche, Loto cenaba con Caléndula y Fresno sin dejar de sonreír, le brillaban los ojos. Cuando ambxs le preguntaron a qué se debía esa felicidad, él les respondió que había descubierto muchos mundos, el de los caminos de las hormigas, el de las orugas y mariposas, el de las ramas de los tomates cherrys, el del vuelo de una abeja, el del agua habitada por renacuajos... y, sobre todo, el del compartir junto con lxs amigxs. Su cuarto ya no importaba, sino el estar con lxs amigxs.

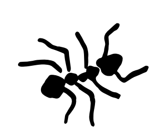
Caléndula lo abrazó y le dijo susurrando al oído:

- hoy descubriste la potencia de tu nombre, las flores de loto con sus múltiples pétalos nos permiten transcender nuestros mayores miedos, tienen una eminente fuerza para sobrevivir. En algún o en muchos momentos de nuestras vidas nos encontraremos ante grandes miedos, incertidumbres, dudas, dolores, fines de mundos; pero así como los pétalos de la flor de loto, sobrevivimos en la construcción de otros mundos...distintos a ese que, por más de no darnos cuenta, nos estaba haciendo mucho daño y alejando de la propia vida junta a otres. Recuerda Loto, que en vez de recetas el mundo está lleno de alternativas.









DESDE EL ALTO SERTÃO BAIANO/BRASIL
PARA INDOAMÉRICA Y EL CARIBE

COVID 19 Y EL MITO DEL BOZO



El horario estelar es usado por un presidente de ultraderecha para expresar que el COVID 19 es solo una gripe común y que el país no precisa parar, porque si para todo, la economía quiebra. Se necesita reabrir las escuelas, las empresas, los bancos. Todos deben salir y solo cuidar de los ancianos que son los principales afectados. Que, gracias al clima tropical del país, esa gripe no dura mucho, que al final de cuentas es toda una histeria colectiva creada por Gobernadores y parte de la prensa brasilera que es amante de lucrar con la tragedia. Al final ni las recomendaciones de su propio ministro de Salud sirven, pues parar, hacer cuarentena, quedarse en casa para evitar la expansión del virus, solo están retrasando el progreso de un país que hace más 15 años fue capturado por comunistas que querían repartir todo para los indigentes [pobres].
Parece que todo lo que pueda ser autenticado con ciencia y bases estadísticas solo es una historia de ciencia ficción en la cabeza de un presidente que desde su participación en las elecciones del 2018 solo supo divulgar "mitos", "fantasías" sobre demonios de rojo y amantes de "mamadeiras de piroca". Alega que, si países "más desarrollados" como EEUU van a reabrir sus economías hoy [25/03/20], nosotres también lo debemos de hacer. Total "Brasil acima de tudo, Deus acima de todos" fue y es el lema de la instauración de un régimen fascista que en 1 año y 3 meses ha, simplemente, entregado casi toda la economía nacional al sistema capitalista central. Porque el discurso escondido de fondo es ese, mantener la ganancia de las empresas-bancos, mantener el statu quo de la burguesía brasilera asociada, mantener feliz al patrón estadounidense, mantener ritmo deshumano de producción que mineras como Vale continúan realizando a pesar de las alertas mundiales. Es ese el discurso de fondo, les trabajadores tienen que seguir sangrando y muriendo por un sistema que beneficia a pocos y mata a muchos.
Mi hermano me escribía [en esas conversas que gracias a la tecnología acortan las distancias] que al final el darwinismo socio-económico está en su máxima expresión: "Que se jodan los ancianos, total habrá menos adultos mayores a quienes pagar

jubilaciones. Que vivan los jóvenes, que son los tontos útiles de hoy, cuando no sirvan, también que se jodan". Y es precisamente lo que pasa en Brasil, para el presidente todes aquelles que no salgan a la calle son enemigos del pueblo, pero en mi cabeza retumba la pregunta: ¿a qué pueblo se refiere? ¿a ese "pueblo" que puede tener el privilegio de accesar a la mejor educación y salud de este país? ¿a ese "pueblo" que va y viene de las Europas y que fue uno de los principales portadores de ese virus? ¿aquel "pueblo" que no quiere dar días libres y remunerados a sus empleadas domesticas porque no sabe como preparar un pan con mantequilla? ¿o será aquel "pueblo" de bancos que no pueden vivir un minuto, un dia sin ganancias a costa de les trabajadores? Es así como los días han pasado en estos últimos días, repensando lo que realmente se puede esperar de un país gobernado por un "psicópata", "genocida" que llama al sentido común de sus gobernados a salir a las calles para que la maquina capitalista continue destruyendo vidas y sociedades.
Brasil, está dividido, está fragmentado entre aquellos que apoyan a las viejas/nuevas oligarquías y se hacen llamar de "patriotas", de "nueva clase media" [cuando mal pueden pagar el alquiler de su casa o la parcela del carro], de emprendedores, los cuales colocaron en la presidencia un personaje que se paso 27 año de su vida en el congreso sin siquiera realizar una sola mejoría por el estado al cual representaba [Rio de Janeiro] y, aquellos que en los últimos más de 30 años han intentado salir de la periferia, de la ignorancia a través del acceso a la educación superior, aquellos que día a día tienen que salir a trabajar muchas veces más de 12 horas para conseguir colocar un plato de comida para que sus hijos y padres estén bien alimentados y puedan soportar otro día más en la ciudad, aquellos que ocupan la tierra socialmente inactiva para producir alimentos, empleados y una vida digna. Brasil está divida hoy como lo fue el día que nació como "república", como el día que la "dictadura militar" se instauró como un régimen de "orden y progreso" y como el día en que un bando de hombres, blancos, heterosexuales derrumbaron una gobernanta legítima, por el sólo hecho de ser mujer.

El Covid 19, refuerza nuevamente la fragmentación de Brasil, pero también nos muestra algo diferente, un escenario en el cual la autoorganización y autocuidado de las personas sensatas se va esparciendo y repitiendo. Es cierto que la sociedad brasilera hasta los días actuales se había polarizado, pero los días que está cuarentena ha traído son, a pesar de lo expuesto anteriormente, motivos o razones para acreditar que otro mundo es posible. Cientos de personas compartiendo actividades o cosas que hacer en casa, grupos/movimientos urbanos y del campo organizados para llevar alimentos y otros elementos de necesidad básica a aquelles trabajadores que muy a pesar de saber que quizás el patrón no les pague el mes [porque hubo incluso propuesta de no pagar 4 meses de salario, para que el patrón mantenga su ganancia] han decidido cuidar primero de su salud y su familia. Muchas veces creemos que al final de los días, las sociedades "modernas" serán simplemente un recuerdo cuando toda esta crisis pase, pero que tal pensar que la sociedad "poscrisis" que aparecerá en 5 o 12 meses será una más humana, ¿por qué no pensar en un posible giro mental y social?
Es cierto que la política está y estará presente en todo lo que se haga o se deja de hacer, sin embargo, no olvidemos que en medio de todo eso siempre habrá hombres, mujeres, niñes, ancianos que seguirán resistiendo y luchando por vidas dignas. Y no, eso no será un mito, no será una fantasía, será una realidad concreta. Pues a pesar de que, en Brasil las palabras de algunos contra la ciencia, la salud y la educación sean de desmontarlas, siempre habrá quienes luchen por un nuevo y diverso Brasil. Quizás hoy todo sea un sueño o quizás todo sea producto de repensar como sociedad, como seres vulnerables a un enemigo microscópico y a un enemigo que se presenta para defender a su "pueblo/elite" y no al pueblo que, en las periferias, que en las zonas rurales aún está produciendo, pero cuidándose unos a otros.
No es un mito decir, que la vida colectiva puede y debe nos debe de motivar a cambiar de chip y a pensar no solo en nosotres como centros de nuestras historias, sino que pensar en aquelles

que día a día están en la esquina de una ciudad o en el borde de la carretera buscando sobrevivir a ese dia burgués. Mito es pensar que debemos cada día despertarnos, exponernos a un virus para que mantengamos la maquina deshumana/genocida andando.
El tiempo va a correr y nos dirá como es que este Brasil anda y como sobrevive, pero de algo mi corazón está seguro, es que el mañana pertenece a les trabajadores del campo y la ciudad, a les niñes, a les ancianes y al pueblo que sostiene este mundo desde la creación de la "patria amada" ha sabido luchar, resistir y re-existir ante gobernantes peores mismos que el actual, porque si de algo estoy seguro es que el verdadero pueblo brasilero sabe subir sambeando...

GINNO PÉREZ



CIANO COMPOST

FRAGMENTOS DE UN ENSAYO

FOTOGRAFÍAS
de Constanza Dellea y Ariel Martinez Herrera
CIANOTIPIAS
realizadas por Marina Etchegoyhen con amigxs

otrxs mundos posibles

plantas, tierra, basura, sol y agua

humusidades

formas y discusiones políticas

siombiopoiesis / simbiogenesis

agenciamientos con otras lógicas

complementarnos como sobrevivientes

construir refugios











hola.
declaración de una persona que se considera activa más mentalmente que "físicamente".

que está realmente sorprendidx del bombardeo de el hacer hacer
y hacer
en esta quietud "obligada".

qué de lo productivo?
qué del cuerpx que si no es máquina,
pareciera que no es.

qué es productivo? para quiénes?
...en breves veremos consecuencias
de gente que no pudo.
que no pudo quedarse en casa
(hablando de quienes tenemos esa posibilidad claro, porque esto (tmb) es un privilegio).
que no supieron qué hacer sin hacer.

...mientras tanto,
antes de empezar con las microdosis de lavanda para calmar la ansiedark...

me autoprometo hacer el intento
de usar, de manosear estos días
para producir d e s e o.
mi d e s e o.
para meterme para adentro.
buscarme.
en/para/por mi corpor(e)alidad.
mi cuerpx territorio de la imagen.
con el miedo que genere...
bancarlo.
bancar(me).
que soy yo.

eu tranki;
que está todo bien.
si. estoy bien.

...y así, sin darse cuenta...
de afuera,
hablando de sí desde afuera.
...hacia el interior,
para encontrar(me) d e s e o.



Como nunca vivimos un fin del mundo, creemos que todo puede serlo.
El martillazo que da el trabajador de la obra de la esquina resulta señal de alarma.
Las veredas que extrañan el acelere de la gente, los tachos de basura vacíos, las palomas que bajaron a la calle y la cruzan sin peligro.
Las aulas vacías, las ventanas tapadas, la sensación de que así como afuera, adentro tampoco pasa nada.
Como vimos tantas películas del fin del mundo, creemos que lo estamos viviendo.
Es tan abrumadora la calma, tan inquietante el silencio, que todo puede ser motivo, hoy, para el estallido.
Mientras la pachamama recibe unos segundos de tregua durante el bombardeo, nos recluímos cuales soldados en la trinchera para recargar armas de guerra.
Nos alejamos, encerradxs en el mismo espacio, nunca antes habíamos rechazado tanto nuestros cuerpos.
Como vimos tantas películas creemos que este puede estar siendo el fin del mundo, y estamos en lo cierto.
Este es un fin del mundo, de los muchos mundos que hubo y de los muchos mundos que habremos.
Nunca las cosas volverán a ser como antes, porque las urgencias nos capturan y nos desprendemos de ellas con algo más, o alguien menos.
El fin del mundo está siendo. No ahora, ni por esto. Al fin del mundo lo estamos haciendo, poco a poco y creyendo que está muy lejos.
Cerrando los ojos ante inclemencias, vivenciando la pobreza como asunto ajeno, colmando las paredes de objetos que separan el decorado de lo cierto.
Alerta, atentxs! El fin del mundo está aquí! No es un virus, ni es una bomba, ni es la desolación del desierto.
El fin del mundo somos nosotrxs, haciendo cada día, lo que estamos haciendo.

AYELÉN PERROTTA IG@LAPATRIAESLAOTRA

Pienso en amor.
Pienso en que podemos dejar que el amor nos llene tanto que logremos experimentar la más flashera y hermosa verdad sobre nosotres mismes.
¿Qué pasaría si, en algún momento, nos diéramos cuenta de que nos amamos?
Pero posta. Fuerte, alto, mojado y ruidoso. TE AMO Y ME VOY A MORIR MAÑANA PERO NO ME IMPORTA.
Nos imagino besándonos para palear la tristeza de tanta separación implantada por qué se yo cuántas mierdas capitalizadoras y marketineras que no nos dejan querernos como lo anhelamos.
Nos imagino en un fin lleno de besos, chuleadas, abrazos, sexo, sudor, lágrimas, risas, pies, pelos y colores, muchísimos colores.
Una vez hice al amor, y ni siquiera pensé que el mundo pudiera acabarse. Para mí ya estaba acabado, el simple hecho de haber hecho el amor con la persona que amo era suficiente para mi para pensar que el mundo se podía acabar, tranquilamente; me importaba un verdadero carajo. Para mí ya estaba todo hecho. Hice al amor, me hizo el amor, hicimos al amor y nada más importó.
Así me imagino el fin del mundo. Haciendo al amor en todos lados, creando esferas de resistencia dentro de mi vientre, dándote la energía que necesitas para amarte a vos misma y dejar de sufrir. Porque sufriendo el mundo sigue y sigue y sigue y nunca se va a terminar, por más que lo imagines todos los días, el mundo sólo va a dejar de existir cuando experimentemos al amor de verdad. Ahí les quiero ver. Pandemia de besos, eso me gustaría ver, así me gustaría terminar, besando a mi vecine sin importarme de esas barreras invisibles que nos intentan separar todo el rato.
Si leés esto: te amo y siempre te amé.
Me lo olvidé por pila de tiempo y ahora que me acordé: que el mundo se termine, yo ya amé.



ALGO QUE NO PUEDO RECORDAR

Un trueno rodando a lo lejos.
Demonios, pensó, si tan sólo hubiera unos relámpagos.
Echaba de menos los relámpagos.

Los Ondulantes, Fredric Brown

¿Vos qué estabas haciendo el día del Olvido?
Yo me acuerdo que estaba preparando el mate en casa. Estaba pensando en algo que me tenía preocupado. No me acuerdo bien qué. Creo que no sabía cómo iba a pagar la luz, o alguna pelea que había tenido con mi vieja por teléfono.
Me acuerdo que me di cuenta de que estaba pasando algo raro por el Bela. ¿Viste que dicen que los gatos antes no hablaban con nosotros? Bueno, es posta. Antes eran callados y re siniestros, los culiados. Mimosos y lindos también, pero no hablaban. Bueno; el Bela estaba clavado en la ventana y me miraba con los ojos como el dos de oro. Me acuerdo que pensé "Este se mandó una cagada y no quiere que lo descubra".
Después vino Nati del trabajo, como siempre, y me preguntó porqué estaba con esa cara. No me acuerdo, le dije, creo que tenía algo que ver con plata pero ya no sé. Me acuerdo que nos dimos un beso largo. ¿Viste que antes había parejas fijas? Bueno, algo así eramos con Nati, y hacía rato que estaba medio apagado todo el asunto. Vivíamos juntos por practicidad y nada más. ¿Qué es esto? Me acuerdo que me dijo, medio riéndose. Fue uno de esos besos largos que le das a alguien que extrañaste con todo el corazón. No sé, le repetí, no tengo idea qué es, y nos abrazamos re fuerte.
Después cocinamos juntos, hicimos el amor lento, fumamos en la cama (no me acuerdo cuándo había sido la última vez que había fumado) y nos dormimos acurrucados.
Me acuerdo que al otro día nos despertamos cerca del mediodía. Todo estaba calladísimo afuera. ¿Qué pasó? Me dijo ella, medio riéndose. Yo me sentía veinte años más joven. No sé, le dije, debe ser Domingo. Antes los Domingos eran los días de descanso; mucha gente no trabajaba, las familias hacían asados, se queda-

ban en casa. Casi como ahora es todos los días. Extraño un poco los asados, igual.
Me acuerdo que fui a poner la pava para el mate y me di cuenta que no había señal en el celular. Que raro esto, le dije a Nati, no hay señal. Tampoco hay internet, me dijo ella, y se levantó a regar las plantas. Se puso a trabajar despacito en las macetas con un cariño que no le veía hacía rato en las manos.
Me acuerdo que fui a comprar algo a la esquina y que, cuando llegué, me di cuenta que no había llevado plata. No importa, me dijo el José, me lo alcanzás después. Volví y me senté en el comedor. Me acuerdo patente de ese mediodía porque Nati cantaba. Hacía años que no la escuchaba cantar.
¿Qué pasa? Me dijo, se ve que me vio preocupado. No sé, le contesté, tengo la sensación de que hay algo que se nos está pasando. ¿Pusiste la pava y te olvidaste de sacarla de nuevo? No, boba, algo más. Algo raro. Algo que no logro recordar del todo.
Hagamos una cosa, vamos para el centro caminando, despacito. Total nadie nos apura.
Armamos el equipo de mate y nos fuimos caminando despacito. Yo no podía sacarme la sensación de que había algo que no funcionaba. Encontramos colectivos y autos abandonados. No había nadie manejando nada; sólo algunas personas en la calle como nosotros, otros paseando. Casi todos iban mirando al cielo, y uno miraba como buscando algo y se encontraba con que no había visto las nubes hacía mucho.
Llegamos al centro como quien no quiere la cosa. En las avenidas los semáforos titilaban de amarillo. ¿Qué pasó? Me dijo Nati. Vos tendrías que haber ido a trabajar, le dije. Pero me costó mucho decirlo. ¿Qué decís? Me dijo ella, si hoy no trabajo. Nati, ¿Te acordás de la última vez que trabajé?
No lograba acordarme de mi último trabajo, me di cuenta. Ni de cuánto hacía que buscaba laburo nuevo. Y ella tampoco.
Bueno no importa, ya vas a conseguirlo. Vamos a disfrutar el día.
Es verdad. Hacía un día hermoso y la ciudad estaba silenciosa. Había músicos en algunas esquinas, clowns, niños corriendo. Casi parecía un carnaval de no ser que no había murga ni ruido.

No había un solo grito.
Volvimos a casa al atardecer. Nati, tengo la sensación de que se nos está pasando algo grande, le dije. Como si hubiese algo que nos falta.
¿Qué nos falta? Me preguntó ella. Si lo más importante lo tenemos con nosotros, negri. ¿Porqué no te bañás y te sacás esa preocupación de encima?
Me acuerdo que el Bela me miró desde el pasillo antes de entrar al baño. Me dijo algo a lo que no le presté atención. Ya era hora que les tocara a ustedes, me dijo.
Me di una ducha calentita larga. En esa época era un privilegio, no como ahora. Salí sintiendo algo raro en el cuerpo, algo incómodo. Mientras me sacaba en la cocina le dije a Nati. Hay algo que siento y no se qué es.
No te preocupés, me dijo.
El Bela me habló en el pasillo. Me dijo que ya era hora que nos tocara.
¿Qué nos tocara qué?
No sé, le contesté, pero le podemos preguntar.
No lo encontramos por ninguna parte. De ahí en adelante fue cada vez más pronunciado. Me olvidaba de cómo vestirme y salía desnudo a la calle, pero a nadie parecía importarle. Sólo comía cuando tenía hambre. El dinero dejó de importar. Los mimos eran retribuídos y si no volvían, estaba todo bien.
Creo que fue el Coco el primero que empezó a ponerle palabras a todo esto. Le costó, pero empezó a dilucidar en los libros, los discos y las películas que había cosas que antes no eran como ahora. Y empezó a decirle el Día del Olvido. Algo había pasado ese día, que no sabíamos cuál era, pero nos había desactivado un interruptor en la cabeza.
Nadie podía ponerle palabras al olvido. Nos costó mucho darnos cuenta que antes la gente no hablaba con los animales. Mucho menos, que el dinero alguna vez había tenido un rol.
Tampoco nos importó mucho, pero estaba bueno reconstruir esa historia. Como un rompecabezas.
¿Qué estabas haciendo vos?

LA SALIDA POSIBLE





—No puedo volver —dijo Towser.
—Ni yo —reconoció Fowler.
—Harían de mí un perro otra vez — añadió Towser.
—Y de mí un hombre —concluyó Fowler.

Deserción
Ciudad, Clifford D. Simak.

Una súbita brisa helada en la cara terminó de despertarla. Se arrebujó, lenta y perezosamente, en el futón enorme en el que yacía acurrucada. Bostezó largamente mientras calculaba que, a juzgar por la luz en el horizonte, debían ser cerca de las seis de la mañana. La ventana del living donde estaba, la única que permanecía abierta en ese ambiente, dejaba entrever las ramas del árbol más cercano, que sostenía algunas hojas secas todavía. No quería levantarse, pero los músculos de la espalda le escocían por la falta de movimiento y el cansancio de no hacer nada. Además, la presión en la vejiga no le dejaba demasiadas opciones.
Se sentó lentamente, como si tuviera noventa años, aunque en realidad apenas llegaba a los treinta. Todos los huesos le dolían con la carga propia de la falta de nutrición y los músculos se quejaban como si los tendones y el esqueleto todo fueran estructuras que le aprisionaban en vez de ayudarle a pararse. Mara estaba cansada a un nivel imposible de medir ya; hacía rato corría por esa planicie blanca como una salina que era el paroxismo de no morirse. Se incorporó y las piernas le temblaron, sobrecargadas por el esfuerzo. Con lentitud y parsimonia, se dirigió al baño que había en ese piso, cerca del futón donde descansaba. Notó dos cosas a medida que se acercaba; había dejado la luz prendida sin darse cuenta y las dos hojas de la enorme entrada seguían abiertas de par en par, de la manera que habían quedado cuando entrara ese primer día en que deambulara por las calles. Junto a la mesa de entrada, entre revistas, folletos y un cenicero enorme

de mármol estaba el revólver. No pensó en ello mientras iba al baño. El sueño la dejaba espabilarse de a ratos.

Cuando terminó de hacer pis sintió la sed, ardiendo como un papel en el desierto. El hambre era disimulable y la atacaba con punzadas agudas en el vientre, pero la sed era desesperante y, sobre todo, inaguantable. Sabía que si no bebía nada moriría más rápido, pero por más que hubiese querido, había corrido desesperadamente a la canilla goteante del baño al segundo día de estar tirada sobre el futón. No sabía si era el goteo constante lo que le había desesperado o el hecho de que la sed realmente fuera una alarma más primitiva que su cuerpo todavía obedecía ciegamente. La realidad es que podía aguantar a morirse de inanición, pero no de sed.
Se miró en el espejo de cuerpo entero que había a la salida del patio, una gran lámina de cristal del tamaño de una puerta recubierta de una fina capa de óxido de plata. Recordaba brevemente ese descubrimiento de niña; el espejo en sí no era un vidrio reflectante, sino un resguardo cristalino a lo que realmente reflejaba la luz. Y eso, el espejo-espejo, estaba detrás y era frágil y débil. Se podía descascarar con la suficiente fuerza como si se tratara de pintura vieja. En aquel espejo, un poco ladeado y cochambroso en las esquinas, se veía delgada y ojerosa. Pálida no, pero si delgada y ojerosa. Pensó que la última vez que se había visto las costillas y los huesos de las caderas había sido de niña. También pensó en que debería abrigarse porque sólo tenía puesta la camiseta de dormir pero, ¿Para qué? Hacía semanas que sólo dormía en el futón sin ver a nadie ni nada. El mundo fuera se moría con ella y no tenía motivo para cubrir la desnudez. Durante el apocalipsis los detalles dejan de importar.
Llegó hasta el dintel de la puerta de entrada y se apoyó en el marco. Recordó que había elegido esa casa porque no había auto fuera (probablemente los ricachones que vivieran ahí hubiesen huido después de que los primeros videos virales fueran confirmados por los medios tradicionales), y estaba en un barrio privado lejos del bullicio del centro. Lejos del pánico y la desespera-

ción ciega de la muerte inminente. Mientras amanecía y miraba las calles en sinuosas lomadas, los caserones relativamente nuevos y abandonados, no pudo evitar relacionar los barrios privados con cementerios. ¿No tenían casi estructura de necrópolis, con sus callecitas transitadas por poca gente, la vigilancia en la entrada, el enrejado alrededor? Se sonrió apenas y los músculos de la cara le dolieron un poco. Si, había elegido un lindo mausoleo para morir. La casa más grande de ese camposanto.

—Ayuda... por favor...

La voz la sobresaltó y la tomó por sorpresa.

Un hombre estaba caminando hacia ella en el inmenso jardín de la mansión. Se lo veía con los signos del envenenamiento (ojeras violáceas, uñas destrozadas, piel amarillenta) y se acercaba inexorablemente. Tenía cara de confundido y se tomaba el vientre, como si estuviera herido. Ella sabía que era el dolor de los órganos que fallaban continuamente y no entendía cómo este hombre estaba ahí, tan lejos de todo, justo en el lugar que ella había elegido para morir sola.

No lo pensó demasiado. Tambaleándose, volvió hasta la mesa de entrada. El revolver le pareció más pesado de lo que recordaba (ya antes le parecía una herramienta tosca, como quedada en el tiempo) y le costó levantarlo. El hombre estaba débil y moribundo, pero no delirante. Cuando reconoció lo que ella apuntaba hacia él, su rostro se entristeció y atinó a cubrirse.

—Por favor... sólo quiero descan-

El estampido del arma cortó la frase y la tiró para atrás. Mientras se levantaba por el cimbronazo, temblando por el esfuerzo pero también por el hecho de haber matado un hombre, una voz en su cabeza le dijo que no había terminado. Tenía que asegurarse que estuviera muerto. Caminó, las venas latiéndole a mil por hora, cada centímetro de sus extremidades doliéndole por el ejercicio súbito. Le había pegado en la mano y el hombro. Sangraba profusamente con esa sangre negruzca de los moribundos.

—No... no iba a hacerle daño...

—Lo sé.

El próximo disparo fue por piedad y le hizo doler aún más el brazo. El hombre quedó inmóvil y ella, exhausta, casi dejaba caer el arma por el shock. Lo único que la prevenía a hacerlo era la voz en la cabeza. Fuiste descuidada, decía la voz. Volvé adentro y asegúrate de cerrar todo.
Entró, sin mirar al hombre ni volverse atrás en ese amanecer maravillosamente dorado. Las hojas del árbol que viera por el ventanal enorme del living se estremecieron con un poco de viento y cayeron. La piel se le puso de gallina mientras cerraba las puertas enormes de la casa. Puso la traba (no tenía la llave de entrada) y dejó el arma cerca del futón, lejos de la entrada y de cualquier ventana. Después la colocó debajo del colchón haciéndole caso a la voz que le decía que ahora sí, que ahora se podía volver a dormir, podía volver a dejarse morir en esa mansión abandonada mientras el mundo se extinguía. Se tapó con las sábanas sabiendo que no podría descansar en un buen rato y, cuando se hubo terminado de acomodar en el hueco que tenía su forma dentro del colchón, la angustia le estalló en el pecho como un globo de agua salada.

Lloró en silencio, aunque nadie pudiera escucharla.

El trabajo que le habían encargado a Mara era bastante único. Las fuentes de energía clásicas (los combustibles fósiles, pero también la energía eólica, hídrica; en fin, toda forma de obtener electricidad) estaban agotándose a pasos agigantados. Algunas porque el recurso ya no existía (la última reserva de gas natural había sido explotada hacía quince años), otras porque la vieja Tierra cambiaba tanto que saboteaba sin querer los sitios donde se trabajaba, como un gigante que se sacudiera algo que le pica en la espalda sin verlo. Los vientos ya no corrían, o corrían tanto que los ventiladores eran arrancados de cuajo. Las presas hidroeléctricas yacían inmóviles, conteniendo diques de un mejunje contaminado que antes había sido agua y que ya no corría; era gelatinoso y casi sólido. Otras represas yacían en

ruinas, o sepultadas debajo de metros y metros de agua.

El calentamiento global había derretido casi todos los casquetes polares. El aire, hipercontaminado, estaba tornándose irrespirable, excepto en las ciudades que lo filtraban y en el medio de los océanos. Hasta los deshechos humanos, que se usaran en otras generaciones para quemarse y generar energía térmica, eran cada vez menos desgradables. Tenía que haber una forma de trabajar sobre los ecosistemas moribundos. Tenía que haber un lugar clave donde comenzar.

Y ahí entró Mara.

Joven, recién egresada, había fabricado con ingeniería genética al hongo.

El Novadi-me, como le decían los medios para abreviar la nomenclatura oficial.

El hongo podía parasitar cualquier forma de vida que ellos le programaran; podían codificarlo para que, por ejemplo, se instalara en los mares gelatinosos hipercontaminados buscando agentes orgánicos en descomposición, de cero. El hongo alteraba la estructura donde crecía y florecía, transformando la energía de la metamorfosis en una fuente de bioluminiscencia y calor pocas veces vistas. En pruebas de laboratorio se había registrado que los hondos podían brillar lo suficiente como para poder encender una lamparita. ¿Se imaginaban, decían los doctores que dirigían su laboratorio, si pudieran sembrar el hongo en el amazonas, declarado zona muerta desde hacía cinco años? Con el tiempo podrían reforestar. Ahora necesitaban energía desesperadamente.

Claro, seguramente el hongo también podía cambiarse para que produjera lo que necesitaban. Hongos que generaran oxígeno. Hongos que se comieran las nubes y el smog para dejar atmósfera limpia. El Novadi-me era la solución perfecta a todo.

El único problema era Mara, claro.

Ella había falsificado todos sus tests de centro mental desde hacía años. A Mara se la morfaba viva una depresión galopante. Primero, cuando falleció su mamá, cayó en un pozo oscuro. Pero todavía veía la luz del día; sus amigos entendieron que se avocara

más al estudio y luego al trabajo. Era una forma de supervivencia. Luego vino la separación de su novia, Ada. Habían estado juntas desde siempre. Ada le dijo que ella ya no era la misma, que era una sombra, que no podía seguir a su lado. El pozo, de repente, se transformó en una zanja. Y a Mara le empezó a preocupar no ver lugares de donde asirse para subir.
Entonces su carrera comenzó a volverse insulsa. Notó que sólo los laboratorios más grandes (aquellos que habían patentado los químicos que envenenaban la tierra, el cielo y los mares) eran los que le ofrecían jugosos subsidios para las investigaciones que ella quería hacer. Y sabía que podía hacer algo importante: Mara estaba deprimida pero no era estúpida. Todo lo contrario: era brillante. Ella había entrado a esa carrera con el ánimo de cambiar el mundo. Su madre, una ingeniera botánica que había intentado trabajar en una planta que resistiera el suelo artificial del planeta para poder reverdecer el mundo, era quien le había puesto ese objetivo en las manos.
Mira, mi niña, le decía mientras la paseaba por la huerta, de pies descalzos en la tierra negra. Este humus es un privilegio. Antes la tierra era toda así; pero después de la década de la agroextracción, los suelos se murieron. Cuando le das una oportunidad, la tierra se cuida y se nutre.
Pobre y estúpida madre, pensaba Mara mientras terminaba el Novadi-me en el laboratorio financiado por los asesinos de océanos. Nunca transó con sus enemigos ideológicos y se murió en la pobreza. Pero además de eso, el enfoque de su madre era primitivo, tonto, ¿cómo pretender hacer algo lo suficientemente resiliente como para crecer encima de un mundo muerto?
No.
Había que destruír la muerte, aniquilarla y transformarla en algo nuevo en el proceso. Por eso pensó siempre en hongos: uno de los eslabones de la cadena trófica vistos más por encima, pero los más versátiles de todos. Los hongos podían crecer en las condiciones más adversas y aprovechar recursos que parecían insulsos para otros organismos. Además, tejían una red nutricia que podía servir a gran escala.

Se hablaban entre ellos. Generaban comunidad.
Estaban más vivos que cualquier ser humano.
Mara encontró el Novadi-me finalizado al final del pozo de su depresión. Era brillante, y era un descubrimiento que le daría un nuevo impulso al planeta. Pero, ¿para qué? Los sádicos que habían matado a la tierra podían hacerlo de nuevo. No les interesaba salvar nada; les interesaba seguir vivos para seguir lucrando con lo que pudieran extraer de ahí abajo.
Mara no tenía por qué vivir. Eras estúpida, Mamá, pero por lo menos creías en tus valores. Yo trancé con la gente más terrible del mundo con tal de terminar algo. Y perdí a mi novia y mis amigos en el proceso.
Hizo el anuncio a sus directores, que la felicitaron. Los ejecutivos de las grandes firmas vinieron a estrechar la mano de la brillante doctora. Su rostro estará en todas las portadas de las revistas de aquí hasta que termine el año, le dijo uno de ellos. Le convendría ir practicando una sonrisa, Doctora. Parece que le hubieran diagnosticado cáncer.

Trabajó en silencio y diligentemente. Propuso los programas de siembra de hongos en grandes extensiones claves, pero también le prestó atención especial a las corrientes oceánicas (ahora apenas movimiento acuíferos), a los mapas de los vientos (ahora reducidos a brisas) y a los sistemas de intercambio del subsuelo. Su defensa de este modelo era utilizar los viejos canales naturales de la tierra para que las esporas llegaran a todos lados más rápida y efectivamente. No requería mayor inversión, ya que los hongos sembrados expelían espora en su propio ciclo natural. Se estimaba que tardaría unos treinta años en cambiar todas las fases contaminadas del planeta. Algún que otro ejecutivo se quejó de que los hongos en lugares apartados emitirían energía gratis para cualquiera, pero ese argumento no se podía sostener en una era donde la ecología era cuestión de vida o muerte.
No le dijo a absolutamente nadie lo que estaba haciendo. Sus asistentes obedecían y trataban de aprender del proceso a

medida que programaban las semillas de esos honguillos. Cada uno debía estar codificado para transformar desde sustancias simples, como el metano del aire, hasta sistemas complejos en descomposición, como los árboles muertos del bosque negro alemán, y transmutar eso en energía lumínica y calórica, dependiendo del tipo. No podían elevar toda la temperatura de la tierra ni tampoco emitir tanta luz de golpe, así que tenían que graduar bien todo para que la transformación fuese escalonada y controlada.

No le dijo a nadie que codificó semillas para los seres humanos. Tardó un buen tiempo en hacerlo. Tenía que pensar todas las variedades y tenía que pasar desapercibido.

Finalmente pasó. Llegó el día de la siembra, anunciado con bombos y platillos en todo el mundo. Ella sabía más o menos qué sucedería, aunque por motivos obvios no había podido hacer pruebas de laboratorio en sujetos vivos. Suponía que la espora generaría algún tipo de reacción inmunológica, como si se tratara de una infección, y había programado la secuencia biológica para que se aprovechara de todos los sistemas orgánicos que tenía un hombre para florecer en un hongo bello y luminoso. Una enfermedad de falla multisistémica que aniquilaría a toda la raza humana en menos tiempo de lo que cualquier médico del mundo pudiera diagnosticar o curar. Simultáneamente, en todo el mundo.

No se quedó para el brindis ese día. Fue a su departamento y estuvo un tiempo pensando en un buen lugar para mirar el fin del mundo. Pasó un par de días encerrada, su celular apagado, sus redes desconectadas.

Cuando salió a la calle, la gente ya había entrado en pánico y muchos habían huido de la ciudad. Se procuró un revólver por las dudas y avanzó, con parsimonia y a pie, hasta el barrio privado que había seleccionado.

Se despertó con un dolor de cabeza terrible. Se miró al espejo al pasar hacia el baño y se notó, pálida y ojerosa, con la piel amari-

llenta. ¿Finalmente había llegado su momento? Pensó que podía morir de inanición antes, si se mantenía lo suficientemente aislada. Pero no; estaba sucediéndole. Oh bueno, pensó, iré hasta el jardín a sentarme en la escalera y ver cómo fallece el mundo.
El espectáculo era apabullante. Tanto que, aún débil como estaba, le costó sentarse con los pies en la tierra.
El barrio privado estaba ubicado en la punta de una loma de esa ciudad monstruosa que habitaba desde que tuviera memoria y, como tal, podía verse en perspectiva los miles de edificios, casitas y casonas que ocupaban la línea del horizonte. El cielo, fuera de los colores habituales de la polución tardía, estaba lleno de lo que parecían diminutas luciérnagas. Pequeñas motas de luz, generalmente blancas, que ascendían lentamente y se perdían en el negro del anochecer. La pátina de fondo era colorida, de un celeste que descendía en violeta y ámbar.
Sintió el césped en los pies y la tierra. Esa casa debía ser de gente realmente adinerada si tenían patio con tierra y césped de verdad, pensó. Tuvo un primer espasmo en el pecho y sintió una desesperada comezón en los brazos.
Entonces vio el cadáver del hombre que había ido hacia ella. La miraba fijamente y, de cada centímetro de su piel al aire libre, se desprendía un pedúnculo fino rematado en un sombrero característico de los hongos. Ese cadáver florecido dejaba desprenderse, lentamente y de cada sombrero, motas de luz hacia el horizonte. Vió su piel rasgarse y sintió, indoloramente, cómo los pedúnculos brotaban de ella. Pensó en qué la, los transformarían los hongos.
Cayó hacia adelante y, con un último gesto, quedó mirando hacia el anochecer mientras veía los pedúnculos subir lentamente. Algo más le pasaba; sentía como si su conciencia se alargara, creciera y se estirara. Al principio sintió y pensó que era un efecto óptico, pero no. Sentía, desde el ombligo y subiendo hasta su pecho, como ella misma se removía. La tierra en la espalda se reía. El aire le invitaba a jugar.
Sentía algo extraño y lindo en la cabeza.

Estás despertándote, sintió la voz suavecita en la panza.
¿Qué diablos era eso?
Estaba esperándote desde que me dispararas y brotara en el jardín, repitió la vocecita. Pensé que no saldrías nunca.
¿Podía ser que el hombre estuviera vivo? No, imposible, había fallecido antes de transformarse. Todo eso debía ser una alucinación provocada por un cerebro que agonizaba.
Podés elegir creer eso, respondió internamente la voz, O podés mirar para adentro. Cerrá los ojos y te vas a dar cuenta de lo que hablo.
No tenía nada que perder. Cerró los ojos y contuvo la respiración, como si se tirara hacia una pileta.
Vio un espacio oscurísimo, una esfera negra rodeada de azul. Y una pequeña, microscópica red lumínica que recorría cada superficie libre. Se estaba tejiendo un mapa. Se estaban receptando formas de ser.
Así que vos fuiste la que hizo todo esto, dijo la voz sin reproche alguno.
Lo pensó dos segundos. Los hongos transformaban algo en otra cosa. Ella los había pensado para destruir seres humanos, nunca pensó en diseñar un objetivo concreto a lo que se fueran a transformar.
Pero los hongos también tejían redes. Hablaban entre ellos. Se sustentaban y crecían en cualquier lado.
Ahora somos otra cosa, dijo la voz que era ella y estaba afuera al mismo tiempo. Puedes abrir los ojos.
Abrió los ojos y se vio flotando. Sentía una brisa que le hacía cosquillas por todos lados. Unas ganas terribles de reírse la recorrieron por completo y vio, sintió, supo que estaba emitiendo luz. La luz era su risa. Cerró los ojos y volvió a ver la red. Probó a hablar.
¿Qué sucede ahora?
No escuchó una respuesta clara, pero sí escuchó muchas risas.
Volvió a abrir los ojos. Como la superficie del espejo, pensó mientras subía impulsada por la brisa nocturna, no era lo que realmente reflejaba. Lo que reflejaba estaba atrás, realmente

atrás. Había sido la imagen viva de la industria y el apetito voraz del status quo: indolente, depresiva, misantrópica. Y ahora volvía a ser risa, felicidad y sensación de plenitud.
Volvía a ser humana en un mundo que no necesitaba nada. No tendrían hambre, ni sueño, ni sueños. Lo único que harían sería flotar, y tejer esa red, y plantar nuevas formas de vida dentro de esa cáscara que era el planeta que habían vaciado hasta el hartazgo. Y lo harían, lo sabía, jugando. Porque si algo podían hacer los hongos, sus hongos, era crecer en sitios donde nadie podía, utilizar recursos insulsos o vacuos y nutrirse en la adversidad. Inclusive, en la depresión.
Subió un poquito más con una carcajada que iluminó su entorno y, cerrando los ojos, corrió a encontrarse con los otros.

EL NEGRO VIGLIETTI
IG@ELNEGROVIGLIETTI FB@THEGRAYCORNER



DÉBORA MARTINÓ

IG@DEBOMARTINO FB@DÉBORA MARTINÓ

EN ESTE FIN DEL MUNDO TODOS LOS BICHOS QUE MATAMOS VAN A VOLVER, SE PELEAN ENTRE ELLOS PARA VER QUIÉN NOS ATACA PRIMERO.



EL FIN DEL **MUNDO** VS EL FIN DEL **CAPITALISMO**



En estos tiempos de ansiedad, preocupación y sensaciones apocalípticas, surge una pregunta acuciante ¿por qué nos cuesta menos imaginar el ***fin del mundo*** que imaginar el ***fin del capitalismo***? Parece más fácil figurarse la destrucción absoluta, la explosión universal, un fin sin escapatoria que un mundo sin capitalismo patriarcal. ¿Por qué no es tan fácil habitar la sensación de peligro y catástrofe inminente sin ir más allá?
Poder imaginar un tiempo (y un lugar) sin capitalismo ni patriarcado es un ejercicio de creatividad, de ruptura con la indiferencia y el adormecimiento, un ejercicio de valentía y esperanza. Gran parte del poder que esgrime ese monstruo llamado imperialismo es que les explotades y oprimides no puedan dimensionar un tiempo y lugar posterior/distinto a su existencia, haciéndolo casi perenne, omnipotente y omnipresente, aunque cambiante y sin dudas, con capacidad de perfeccionarse en su crueldad. Haciendo que se apueste gran parte de los anhelos por mejores condiciones de vida a los recambios que el sistema engendra para sobrevivir y perpetuarse en el tiempo.
Pero esto no puede ser lo único que nos queda.
Ahora bien, ¿qué pasa con la promesa de construir un paraíso en la tierra? Un mundo sin explotación ni opresión, una transformación absoluta de la sociedad. Mucho tiempo hemos combatido a quienes califican esa tarea como una utopía, cobijándose en los límites de lo posible, de lo probable, de lo lograble. Sin embargo, para muches también ese futuro que nos motorizaba se ha vuelto cada vez más difícil de esbozar ¿cuándo, cómo, con quienes? nos cuestionamos cómo vamos a llegar y qué sacrificios nos invita a hacer la tarea. Sin dudas, hay una lógica del sacrificio enquistada ahí que nos hace preguntarnos ¿y esta vida, qué? ¿está condenado mi paso por este planeta a sacrificarme por un mundo mejor que tal vez no veré nunca, o a quedarme de brazos cruzados, abandonando toda empatía por mis hermanes de lucha? ¿Qué fin van a cumplir nuestras existencias aquí y ahora?

Entonces, aparece algo aún más urgente de preguntar ¿qué paraíso vamos a construir sobre una tierra devastada? La problemática de la degradación, saqueo y destrucción medioambiental

en manos del capital no es colateral, no está en los márgenes de nuestras elaboraciones políticas, está en el centro. Esta etapa del capitalismo en descomposición es una etapa de mayor y más profunda crisis ecológica. Nos urge jerarquizar esto porque tenemos que aceptar que lo que sea que construyamos para todes, ese tiempo y lugar sin capitalismo, involucra habitar un planeta destrozado y significa emprender una larga y ardua tarea de sanación y recomposición.

Creo que abandonarnos a la idea de que todo va a terminar, tarde o temprano, y que sólo queda el vivir lo mejor que podamos implicar desconocer nuestra agencia y responsabilidad en el cambio de nuestras condiciones de vida. Más que claro que estos no son días para la indiferencia. Sin embargo, continuar esperando que los procesos políticos y sociales sean de una determinada manera, recurriendo a la teoría por encima de todo nos va a seguir dejando en el cansancio y el desgaste. Hasta que no podamos ejercitar la humildad, y asumir que no lo sabemos todo, que no existen fórmulas absolutas, no vamos a poder reconocer nuestro mayor potencial: seguir alimentando las rebeldías que afloran a lo largo y ancho del planeta, radicalizando esos procesos, escuchando, aportando sin dogmatismos, abonando a una insurgencia común contra las opresiones y la explotación cimentada en el capitalismo patriarcal, racista, colonial y saqueador, y los partidos, organizaciones y sectores que lo representan y lo defienden.

La pregunta que queda por hacerse es ¿qué rol juega el feminismo en todo esto? Los feminismos, con sus limitaciones y sus grandezas, han protagonizado y azuzado los últimos estallidos políticos y sociales. Los feminismos pueden permitir la construcción de nuevas formas de vida, de nuevas redes y formas de estar y hacer con otres, que nos preparen mejor para el recrudecimiento de estos tiempos, que solidifiquen los lazos de solidaridad política, que alimenten la valentía y la esperanza por encima de la resignación o el ideal de sacrifico. Comunidades y redes en las que podamos encontrarnos con otres y continuar aprendiendo y haciendo, desde abajo, con creatividad crítica, sin dogmatismos. Estructurando nuestras tareas y estrategias a las nuevas necesi-

dades y tiempos, y reconociendo la profunda y larga historia que tiene el movimiento. Los feminismos tienen la capacidad de ahondar en la conexión política entre el abuso, la explotación y la muerte de lxs cuerpxs y de los territorios, la reciprocidad y retroalimentación de la crueldad, persecución y aniquilación capitalista en nuestras vidas a escala individual, comunitaria y global. Al fin y al cabo, lento pero seguro, el aprendizaje producto de las experiencias de lucha subraya para viejas y nuevas generaciones feministas la necesidad de dar por tierra con el sistema capitalista patriarcal, pero que no contamos con fórmulas salvadoras, mágicas y totales. Que nuestros aciertos nos motorizan, y los reflujos y traspiés deben fortalecernos. Estrechar los lazos de militancia y construcción internacional, aprender de las prácticas así no cumplan con los requisitos de la teoría, el comprometerse con nuestros destino como comunidad constituyen un llamado que reverbera en nuestros espacios, debates e instancias de movilización.

¿Podemos trascender la necesidad de juzgar como insuficientes, poco radicales, tibias las experiencias de organización y lucha que los feminismos han hecho hasta ahora desde el lente del purismo? ¿Podemos reforzar la confianza en nuestra organización independiente, del tejido de redes que reconozcan nuestras diferencias y contradicciones, y las habiten, poniendo como centro lo que hemos construido hasta ahora?

En tiempos de pandemia, de encierro individual y de reflexión, qué mejor que preguntarnos y repreguntarnos todo esto, juntes. Capaz en la pregunta colectiva y compartida surjan nuevas y mejores respuestas. Si el mundo como lo conocemos se va a ir al tacho, ¿qué mejor momento para pensar otros (fines de) mundos? Feminismos que redibujen, redescubran, y recreen el imaginario de un mundo que se termina. Feminismos que habiten estos tiempos caóticos haciendo ahora las comunidades y redes que nos acobijen y alimenten. Al fin y al cabo cada paso que desandemos de la desazón a la que nos empuja el capitalismo patriarcal, es un paso de fortalecimiento de nuestras esperanzas de liberación colectiva.

Si hoy se termina todo
qué bueno no haberlo visto venir.
No tener la más remota idea
ni otra chance de elegir.
Haber vivido hasta acá
con lo que hubo, con lo que hay.

Si me dan un changüí para poder desear
que el fin del mundo me encuentre en calma
con un mate en la mano
bailando alguna canción de los noventa
con mi gato durmiendo en el sillón
vistiendo estos jeans rotos, con los pelos despeinados

Que el fin del mundo no sea más que
un día de sol, o una noche de luna llena
un girasol guardando sus hojas
y mil mariposas retornando a sus capullos
que ni el más sentido de los sentidos
lo pueda intuir.

Que la llegada del fin del mundo
no nos mande preaviso
que nos deje ser lo que somos
sin cambios apurados, te amo desesperados
y que nos lleve con todo lo que pudimos ser
responsables de todo lo que supimos hacer.

AYELÉN PERROTTA IG@LAPATRIAESLAOTRA



RODOLFO SUÁREZ



RODOLFO SUÁREZ

NO TOCARSE





Desliza la cuenta sobre la mesa
con un dedo y se la pasa
sin siquiera tocarle la mano.
El mozo, guantes y barbijo,
recibe el dinero y agradece,
es la primera entrada del día.
Sin que el cuerpo lo entienda,
no salen del brazo
no caminan de la mano
no se abrazan, no se besan
La plaza vacía, la gente en casa
repasa la lista de los virus más letales
y los memes negros carnavalescos
el rico en lugar del pobre,
el primer mundo en lugar del tercero;
El mundo entero sueña,
entre aterrorizado y risueño,
con apocalipsis zombies y muertes estelares
y bunkers y barbijos de colores.
Ellos ajenos a todo caminan sin tocarse
sin desearse, sin casi hablarse
manteniendo los dos metros
recomendados de distancia
aunque vayan rumbo a la misma casa.
"Si pudieses elegir...",
dice de pronto ella y se calla.
"Si pudiese elegir, nada...", sigue él
"ni todas las alertas sanitarias,
ni el fin del mundo a la vuelta
de esa esquina vacía
cambiaría esto que somos".
Ella estornuda en su codo y sonríe
"No hace falta una trivia para saberlo.
Con o sin alerta sería igual,
seguiríamos sin tocarnos".

CONSTANZA IG@COTIMOLGO



EL FIN DEL MUNDO AL ALCANCE DE UN CLICK

Llevo tres días en esta cuarentena. Sí, sólo tres días. Gran parte de mi tiempo la dedico a ver breves fragmentos de información que llegan de todas partes del mundo: España, Argentina, Colombia, Japón, Francia... Un pastiche de sensaciones, impresiones, emociones... Es difícil integrar todo eso en una imagen o narrativa coherente. Y se vuelve muy fácil perder el sentido de la realidad, te queda el retrogusto de estar leyendo una novela posmoderna, de esas en las que no podrías decir con certeza si comprendiste algo. Así que el balance final es que me siento cansada...cansada de hacer nada, realmente. Es agotador recibir todas esas ideas y que al final no puedas decir: ah, claro, esto tiene una orientación, tiene un propósito.

Así que, cuando ya no puedo más, vuelvo a mis gatos, a mis libros, trato de pisar el suelo frío y sentir que hay algo concreto. Que la materia tiene cierto peso y permanencia. Formo parte del minúsculo porcentaje que puede permanecer en casa y dedicarse a todas las naderías que desee. Entre ellas está pensar, pensar y pensar y sentir culpa...pensar en cómo podría ser útil a los demás, en cómo podría generar rutas para cambiar este mundo tan injusto...pensar. Me canso. Vuelvo al teléfono. Siento un claro fastidio, como unas avispas blancas revolotenado dentro de mi cabeza, picoteando la parte interna de mis ojos.

Foto de perrito. Noticia sobre el número de casos de coronavirus hasta el momento. Invitación a ayudar a un negocio local de alimentos. Foto de gatito. Un gif de una carta de tarot. Luce entretenido. Me detengo, detengo la imagen: la carta del mundo. Sigo el vertiginoso descenso. Hoy leí una nota sobre un acontecimiento en Italia. En medio de la emergencia sanitaria propusieron que hoy, 25 de marzo, se celebre el Dantedí. Un día para celebrar a Dante y luchar contra el coronavirus. 25 de marzo porque es el día que Dante bajo al inframundo, en la Divina Comedia. Es su manera de conjurar el fin del mundo.

Hace tres años, un día como hoy exactamente, murió uno de mis hermanos. Mi mejor amigo de la infancia. Ahora tendría 34 años. Para él, el fin del mundo se adelantó. Cuando me da tristeza, porque todavía me da, me detengo en la siguiente idea: por lo

menos él no va a ver cómo sus queridas abejas mueren sin remedio (él era apicultor). No va a sufrir esta terrible precarización laboral (términos de moda, los veo en cientos de publicaciones). No cargará con el desconsuelo que causa toda esta miseria envuelta en el fugaz oropel que se construye de click en click. Me alegro por él. A veces, incluso, genuinamente lo envidio. Pero la verdad es que la vida tiene lo suyo. Un fuerte encanto. Un brillo genuino… o eso quiero pensar.
Cierro los ojos. Imagino cómo me gustaría que fuera el fin del mundo. Algo breve, algo luminoso. Mmmm, no. Muy hollywoodense. Cuando era pequeña me fascinaba ver cómo el agua se evapora, es muy sutil, casi que no puede verse; y sin embargo yo creía que podía apreciarlo. Era fantasiosa, así que trataba de recrear la sensación que tendría el agua al subir de una forma tan sutil al cielo. Supongo que el catecismo me hizo mucho daño. Creo que me gustaría que fuera así, un evaporarse, que todo vuelva a ser nube, que llueva y que limpie todos los errores que hemos cometido.
Me gustaría que toda la crueldad que cada persona ha / hemos sembrado se volviera agua. Que se forme un gran mar. Tan grande que la basura plástica pierda relevancia. Un hogar enorme para nuevas ballenas, para nuevos peces. Y aun así creo que no sería tan grande como el mar que se formaría con todas las lágrimas derramadas por cada madre, por cada hermana, por cada hijo…por cada persona que ha vivido la saña del horror humano. En fin, me gustaría que fuera un fin del mundo indudablemente acuático.
Creo que incluso podría ser poético, sí, justicia poética. El agua…-tan vital…tan poco valorada. Porque…seamos honestas, sabemos que es absolutamente necesaria, que sin ella simplemente no habría mundo. Ella es el mundo. Y a pesar de eso, derramamos litros en naderías. Naderías incluso más insulsas y vacías que mis actividades de privilegiada en cuarentena. Creo que ese sería un fin del mundo agradable. Uno que por una suerte de alquimia mágica, algo que es posible en la imaginación que se mueve de link en link, transmutara todo este infausto quehacer humano en agua simple. En simple agua.

RECETAS CON PAPA

La baldosa estalló después del mediodía. ¿Tendría alguien el descuido de apoyar un martillo en el marco de una ventana tan alta? Evidentemente, sí: el martillo cayó desde el edificio al patio, como un meteorito, cortando el cuadro de la cámara cuatro. Por suerte destrozó una baldosa y no un cráneo. La nena más chica estuvo jugando toda la tarde en ese cuadrado abierto: había tierra. Era una tierra poco fértil, agrisada, con trazas de cemento. Desde ninguna de las ventanas nadie reclamó el martillo; nadie en las ventanas en todo el día.
La peluquera limpió el martillo con Desinfectante y lo guardó con las tijeras y los peines; después puso un cartelito en la cocina firmado con su nombre, que duró uno o dos días: "El martillo lo tengo yo. Si alguien lo necesita me avisa". El chico de la tres ni se había enterado de todo lo del martillo cuando lo leyó.
–¿Qué pasó con qué martillo? –preguntó.
La madre de la familia estaba limpiando las paredes con Desinfectante y le contó: martillo, ventana, edificio, patio, baldosa, tierra.
Al otro día llegaba la Distribución de Alimentos. La entregaba una chica que era jovencísima, o había vivido tanto que su edad ya no importaba. Usaba una mascarilla rígida, guantes y un overol impermeable. Generalmente la recibía el chico de la tres, obstinado en robarle imágenes de afuera. Las Tareas Públicas de la Emergencia debían ejecutarse en silencio, pero ella a veces describía la calle desierta, el sol de la mañana. Los alimentos y los Elementos de Limpieza entraban a la pensión, volvían a salir las cajas vacías. Después el chico de la tres limpiaba el zaguán y el hall con Desinfectante.
Esa vez llegaron los alimentos que llegaban siempre pero con muchas más papas. La peluquera, el viejo y el chico de la tres hicieron papas al horno. Quedaron en hacer ñoquis otro día. Hablaron de lo bueno que tiene la papa: según la manera en que la cocines salen comidas bien ricas y diferentes. Comieron en el patio. En el cuadrado de tierra despejado por la baldosa, la nena más chica de la familia había estado jugando con unas cáscaras de papa, que seguían ahí desparramadas. La peluquera se quedó mirando.

–Ay, nada que ver. Eso me hace acordar al Sueño de anoche –dijo.
–El procedimiento con los enfermos de la villa.
–Qué mal gusto.
–Me acuerdo de eso solamente.
–No digas más...
La peluquera se levantó y juntó las cáscaras.
Era así, siempre, con cada Sueño: algunas personas se acordaban más, otras se acordaban menos. Las conexiones entre los hechos podían perderse, desdibujarse la hilación de las causas. Como un sueño cualquiera. Cada una se quedaba con su propia reminiscencia.
El día de Distribución siguiente, la chica de overol y sin edad dijo que afuera había viento fuerte. Esa vez también llegaron muchas, muchas papas. A la noche la familia hizo ensalada de papa con carne que el padre cocinó al horno. La peluquera, el chico de la tres y el viejo hicieron los ñoquis, con salsa. La peluquera hirvió las papas, el chico amasó. Comieron en la cocina. Charlaron mucho, la peluquera contó cosas que nunca había contado; cómo había conseguido dejar la calle y hacerse peluquera; también mostró las fotos de dibujos que le mandaba su sobrina. Después anotaron muchas recetas para hacer con papa: tortilla de papa, croquetas de papa, papas rellenas, papas fritas, papa asada a las brasas, papas gratinadas, soufflé de papa, lasagna de papa, queso de papa... El viejo lavó los platos. Antes de irse a sus habitaciones, limpiaron la cocina con Desinfectante.
Al otro día las dos nenas se pusieron a jugar en el cuadrado de tierra, agachadas, en cuclillas; sus espaldas tapaban la visión de la cámara cuatro. Haciendo palanca con un cuchillo despegaron otra baldosa al lado de la que faltaba, y después, otra. El padre se dio cuenta tarde, y limpió el cuchillo con Desinfectante. Ahora tenemos una casita más grande, dijeron ellas, y agarraron más cáscaras de papa de la basura, y ramitas de las macetas, y pedacitos de pelo que había tirado la peluquera. Cada tanto las nenas irían sacando otra baldosa, jugando dejarían caer alguna papa brotada. La madre y el padre las dejaban hacer, las demás personas no se quejaban.
Las semanas siguientes, con cada Distribución de Alimentos,

siguió llegando mucha papa, y cada vez menos de las otras cosas. Menos arroz, fideos, lentejas, cebolla; menos zapallo, zapallito, berenjena. Un día no hubo más hojas frescas, no hubo más zanahoria, tampoco tomate.

Mientras vaciaba las cajas con el chico de la tres, dándole respuestas cortas, la joven de overol le dejaba conocer los cambios de los árboles, la erosión progresiva de la ciudad vacía...

Un lunes solamente llegó papa.

Papa lavada y Elementos de Limpieza.

Y al otro lunes también.

Y todos los lunes así.

Y siempre ella le contaba algo.

Y otro lunes ella se quedó bien cerca de él, hubo un destello de sonrisa en sus ojos longevos, se sacó la mascarilla rígida que le tapaba la boca y la nariz, y se dieron un beso largo y lento, apoyados contra una de las paredes, fuera del alcance de la cámara uno. Fue un solo día, un solo beso. Después él dejó de preguntar cosas de afuera. Vaciaban las cajas en silencio, entraban las bolsas con las papas y los Elementos de Limpieza, y ella se iba. Después él limpiaba el zaguán y el hall con Desinfectante.

Un día la madre de la familia quiso hacer puré y se dio cuenta de que el pisapapas había desaparecido. Después de ayudar a buscarlo un rato largo, la peluquera se acordó del martillo que había caído al patio, lo sacó de entre los peines y las tijeras, lo repasó con Desinfectante y lo dejó en un estante de la cocina.

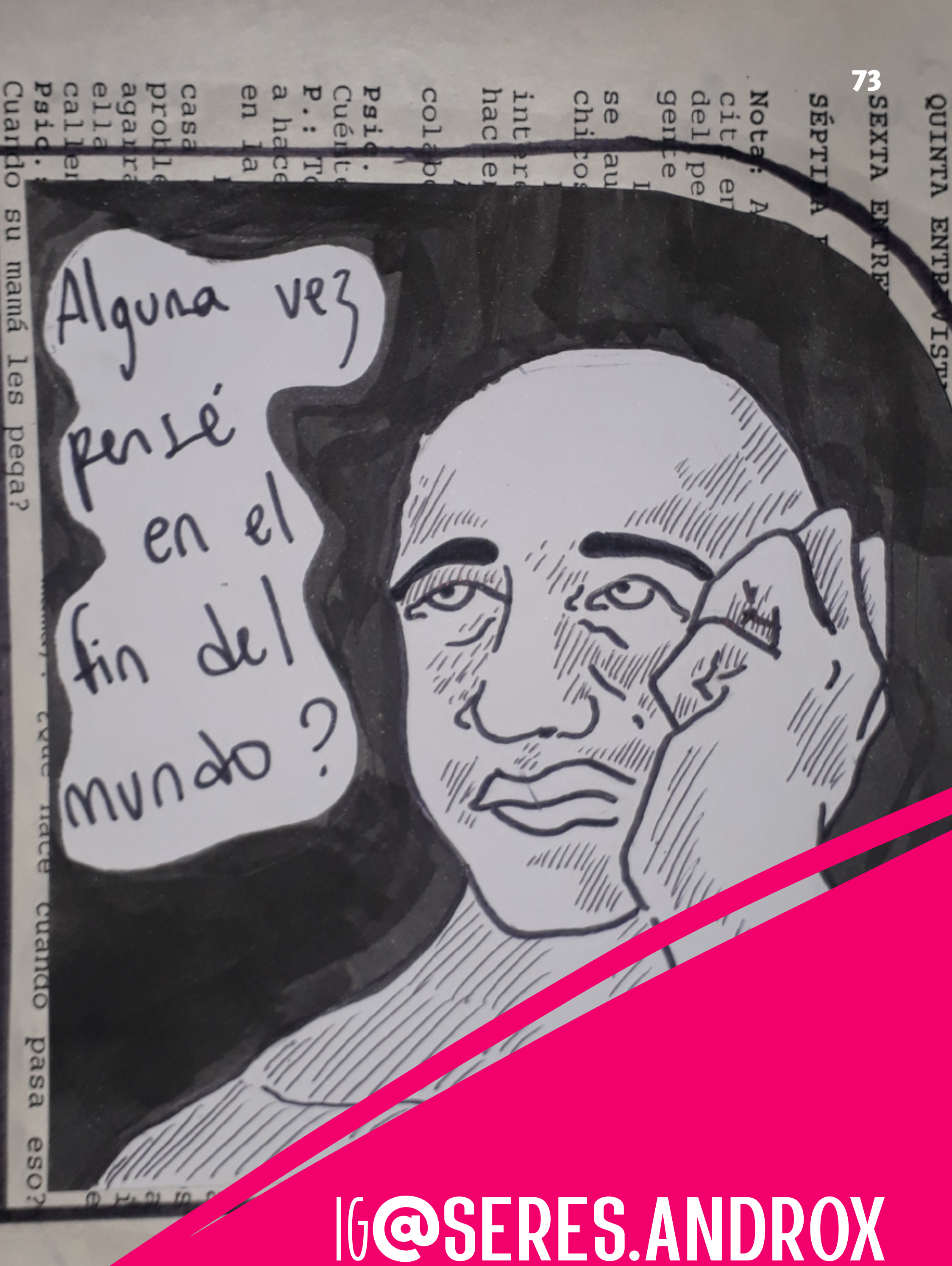
–No vamos a hacer el puré a martillazos –se negó la joven madre –. Antes que eso están los tenedores...

–Como quieras, corazón –dijo la peluquera. –Yo lo dejo ahí. Vos fijáte.

Y después entró el viejo y vio el martillo. Y les quiso contar una idea que venía pensando, un “plan estratégico”. Llamó al chico de la tres y al padre de la familia, que estaban en sus cuartos.

–Con las tijeras de peluquería cortamos el cablecito de la cámara cuatro, desde abajo, yendo bien pegados contra la pared. No pasa nada si una cámara no anda, no van a sospechar, las cámaras se rompen... Con el martillo vamos rompiendo las baldosas, cinco minutos cada tres días, para que a nadie le llame la

atención el ruido. Y sacamos las baldosas de todo el ancho del patio, desde la pared del fondo hasta la línea de la puerta del hall, que es el límite de lo que toma la cámara tres.
Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de semillas, grandes, chiquitas, alargadas, redondas, chatas, claritas, oscuras.
–Cuando tengamos toda esa tierra libre podemos sembrar. A la chica que nos Distribuye le decimos que le vamos a dar verduras, a cambio de que saque los escombros en las cajas vacías.
La peluquera, el chico de la tres, la madre y el padre de la familia miraban el patio de baldosas, el rectángulo de tierra gris con tres o cuatro tallos de papa.
Puede ser, dijo una.
Es muy riesgoso, dijo otro.
El edificio nos tapa el sol para sembrar, dijo otra.
Hay que pensarlo bien, dijo otro.
Pero después pasaron los días, y las semanas, y no hicieron nada, y tampoco volvieron a hablar de la idea del viejo.
Un lunes llegó la chica de overol a entregar las papas. El chico de la tres la recibió. No dijeron nada mientras vaciaban las cajas. Los ojos de ella estaban serios sobre la mascarilla.
Entonces ella habló, con la voz un poco brusca, como si dijera algo que no debía, o como cuando se dice algo que cuesta mucho esfuerzo decir, porque tanto se ha pensado.
–Hay un Avión Suspendido...
Él no se extrañó; eran tantas las cosas en congelamiento, tantas las no resoluciones, tantos los movimientos pausados, tantos los proyectos detenidos, tanta el hambre y la que vendría...
La joven sin edad se habrá dado cuenta de que en el rostro del otro no había sorpresa, caería en la cuenta de que todavía nadie había Soñado con Aviones.
–Suspendido... Flotando... Como un barco amarrado en el aire...
Cuando la mujer se fue, una superficie oscura tapó todo el cielo del patio.
Y los días siguientes el cielo siguió tapado.



IG@SERES.ANDROX

Ahora... esta situación de aislamiento y pensamientos...

se parece muchisimo...

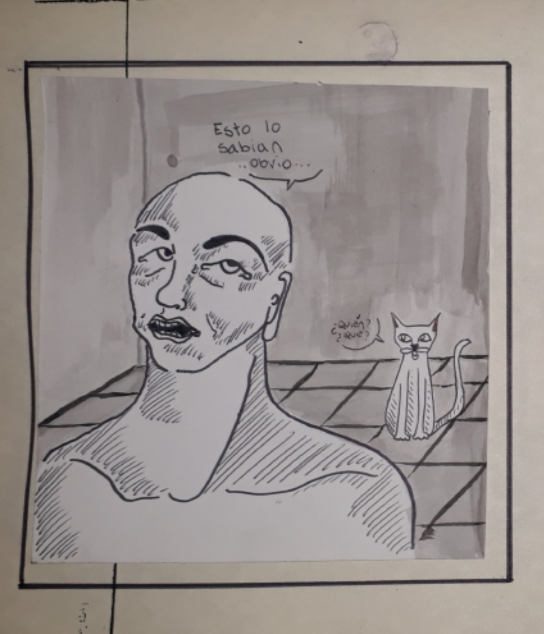
Lo invisible da miedo.

y la soledad tambien.

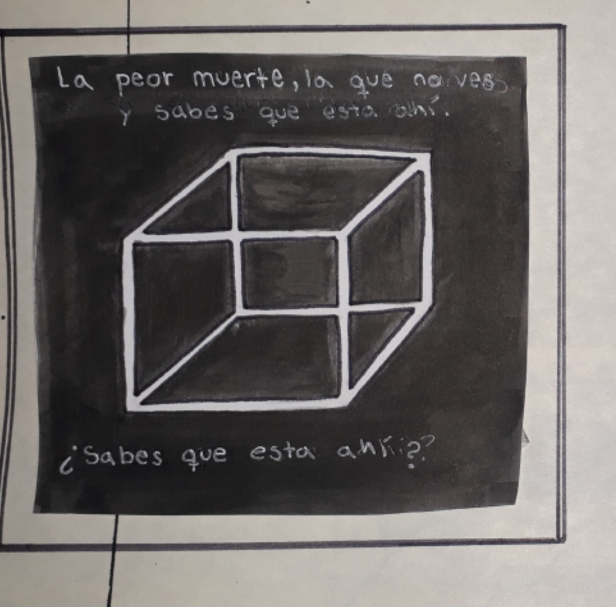
El fin definitivamente iba a venir de la mano de las empresas, el consumo de carne y el capitalismo masivo.

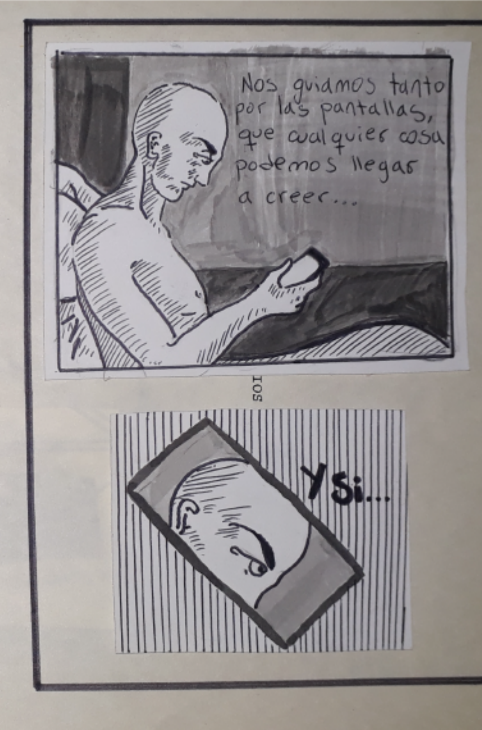
Y nosotrxs asi separadxs... encerradxs... porque hay un virus...

UN VIRUS...









algo así como la guerra de los mundos de 1938

(si no conoces googlea, tenes tiempo bb♡)

¿todos los contagios q' vimos al principios eran actores? ¿Cyborgs?

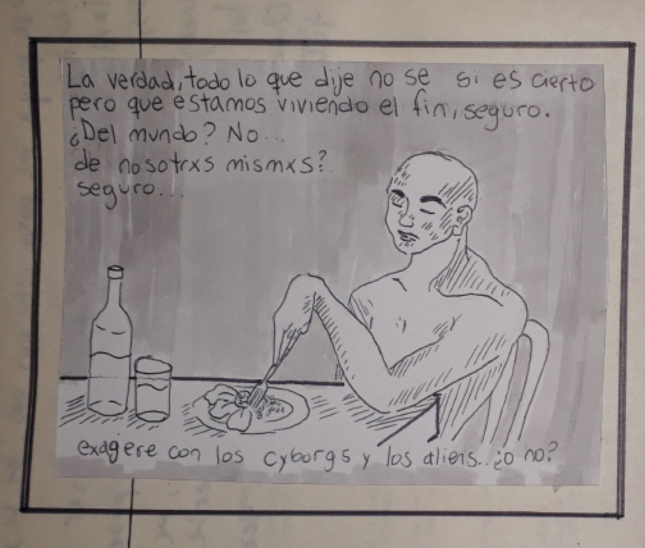
...¿alieeens..?

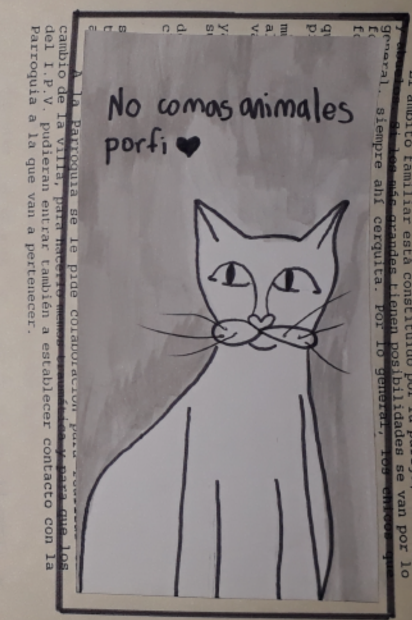
¿Y por ellxs terminamos todxs encerradxs?

Y si todo esto es una jugada para un nuevo orden mundial y así con- seguir una manipula- ción social masiva ? ? ? ?

Aniquilacion de lxs MARGINALES
Xenofobia, discriminación,
Separación de los pueblos,
CONTROL TOTAL.
Contención de las fuerzas policiales por parte de la sociedad......

UNa exitosa PANDEMIA.



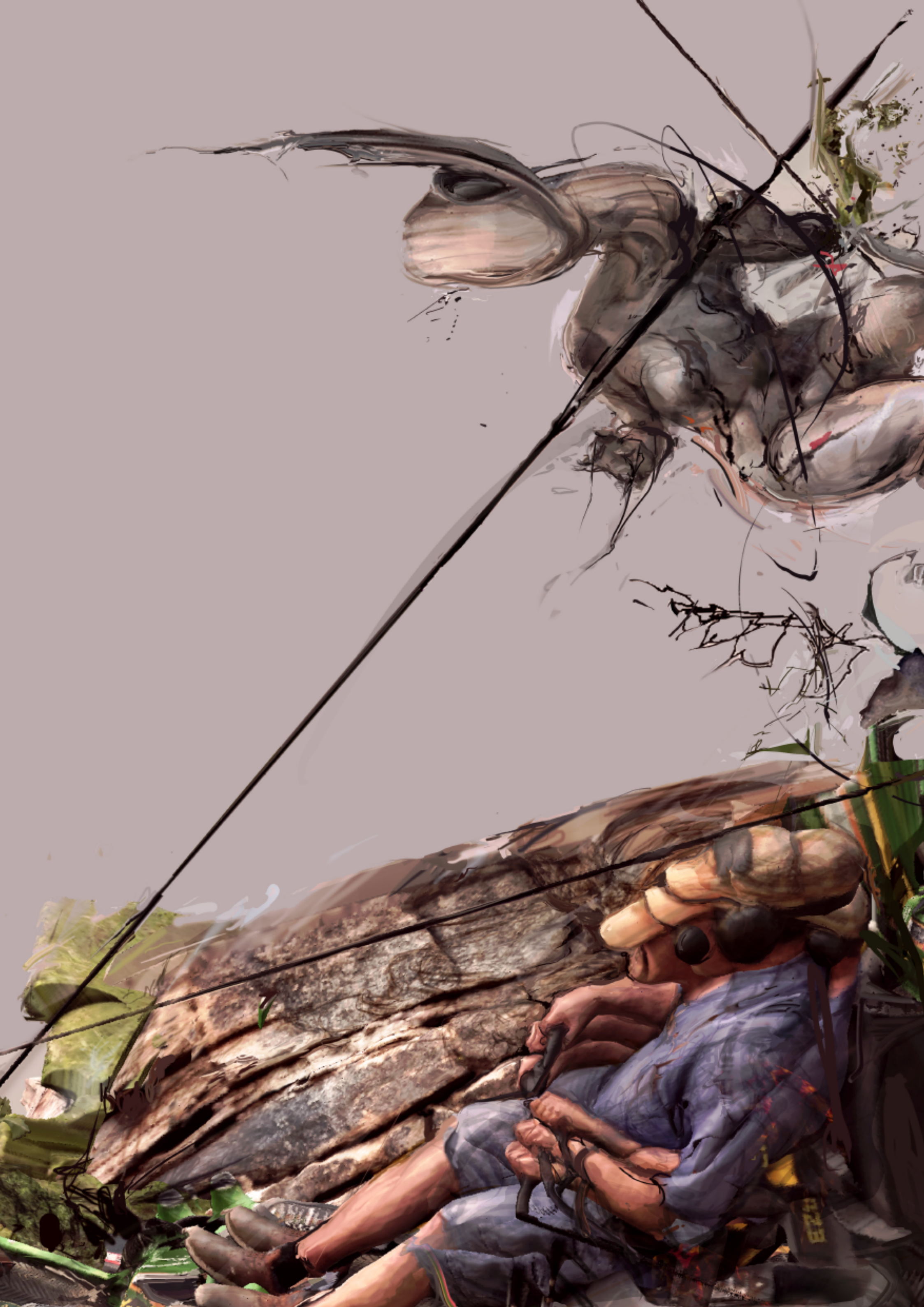


@seres.androx

A PROPÓSITO DEL **FIN DEL MUNDO**

Los pequeños detalles que denotan el principio del fin son elusivos, discretos, tenues, muy tenues. Pero yo, experta en despedidas, he aprendido a reconocerlos apenas asoman. Todo comienza hablando en pretérito del tiempo presente, cuestión de conjugar, puede pensarse, pero es más complicado que eso: cuestión de conjurar diría yo. Al inicio las palabras como dagas se clavan buscando asirse de algo que evite el desenlace apresurado, pero conforme pasa el tiempo, se pierden el interés y el filo, tristes y angustiadas palabras que se van poniendo opacas. Poco a poco se sigue avanzando al fin, después de la confusión temporal y el afilamiento-desafilamiento de palabras, viene el frío, a no ser claro que sea un incendio el que aniquile cualquier destello de punto suspensivo. Ya para este momento los involucrados se han dado cuenta, el final es inminente e imbatible. No tiene caso evadirlo, más vale buscar una banca de parque, embriagarse y brindar por los te quiero que no nos dieron, por los extraños que nunca nos extrañaron y por todos esos deseos con los que se pensaba hacer rascacielos. Salud y feliz fin del mundo.

GABRIELA GUTIÉRREZ FB@LILA BANG BANG







LUCAS AGUIRRE

IG@LUCASAGUIRREART WWW.LUCASAGUIRRE.COM



Casi vivo un fin del mundo en el 2000, el cambio de milenio fue un poco apocalíptico,la gente flasho que todo se acababa, pero sobreviví(mos)
En el 2001, la crisis fue un poco también un fin del mundo, sobretodo el día que mataron al Pocho.
Hubieron otros microfinesdelmundo.
Pero siempre, siempre, seguimos acá.

Florecer, incluso en el caos.
Imaginar, distintas maneras de habitar-nos
Nadie puede sobrevivir tanto tiempo en el encierro

Des-aprender la catástrofe
Encontrar nuevas maneras de resistencia
Liberarnos de los miedos.

Me pregunto cuántas formas de reinventarnos podemos encontrar.
Hundirse en la complejidad de nuestras mentes, y traernos de nuevo.
No existe nada que pueda ser tan terrible en la trinchera
Desde nuestros lugares, nos acompañamos, nos sostenemos los reinventamos
Olvídate del caos, deviní en arte, reinventate, todxs tenemos un poco de miedo.

Cuando pienso en el fin del mundo, pienso en la abolición del adultocentrismo
niñxs jugando por las plazas, corriendo, cantando, gritando.
Un estallido de arte, en las calles y en las casas.
Cuando pienso en el fin del mundo pienso en volver a ser infancia y
jugar en las hamacas
y también pienso en un domingo de otoño comiendo mandarinas con vos.
Cuando pienso en el fin del mundo, no pienso más en una explosión,
ahora pienso en un lugar mejor.

BEL CASTRO IG@BEL.CASTROB

ALGO ESTÁ PASANDO

si puedo cruzar el bulevar san juan sin mirar el semáforo y por la mitad de la cuadra es porque algo está pasando.
y si puedo salir a la calle vestido a la calle bien trolo y que nadie me mire - porque no hay nadie- es porque algo está pasando.
si los únicos que me miran son los canas, desde sus cómodas patrullas, que me estudian con la mirada a ver si tengo una razón justificable para andar por la calle un viernes a las 11 de la mañana.
y si algo está pasando es porque algo se acerca, probablemente algún fin, probablemente algún desabastecimiento, probablemente una emergencia, un descuido, una sopa de murciélago ingerida por un adolescente en otra punta del universo. definitivamente algo está pasando.
camino por la calle, no me encuentro con nada ni con nadie, pasan un par de autos, no puedo ni tomarme un taxi, tampoco trabajan.
Hay algo que en córdoba está pasando, pero que escucho, que leo que no sólo en córdoba está pasando, en las provincias de al lado está pasando, en los países de al lado está pasando, en los países de muy muy lejano, en las ciudades de muy muy lejano, en los barrios de muy muy lejano, algo también está pasando.

BRUNO JULIÁN IG@BOCANADADEAIRE

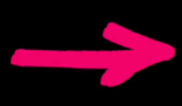
TODO AL MISMO TIEMPO AHORA


TODO al mismo tiempo AHORA
Trabajo donde puedo, y cuando salgo a la calle me miran como si hubiera olvidado vestirme (un miedo ancestral supongo) o como si pudieran ver lo que pienso, que incomodidad!
Soy una parte del todo, si
y aunque siempre llego tarde
sé que solo es cuestión de tiempo para
que vean que el problema es dimensional
Definirme no es lo mío,
y menos de la sociedad
Extraño ese estado corpóreo
de lo familiar, trato de olvidarlo
y me voy más allá
Cuesta formar parte...
pero creo
esa será la salida
hacia otra densidad
Esos pedazos de mí que se rompen y agrupan incansablemente
saben quién soy, y donde quiero llegar, habrá que encontrarle la
vuelta, dejar de ser un personaje para convertirme en algo diferente
Apenas tenga
lo suficiente,
mando a la mierda
a quien me dibuja
y abandono esta historieta
ha vivir otra realidad no la que te venden
afelandia 2020

Estar sometidx a contextos de encierro no es fácil.
He aquí algunas palabras de alguien que una vez tuvo un encierro.
Las paredes son físicas, no imaginarias.
Nuestro vuelo no tiene techo.
Podemos llevar nuestra mente y emociones a los lugares de refugio.
Troco palabra de encierro por refugio.
En el adentro hay tanto por explorar.
Para quienes no acostumbran frenar el accionar a veces la mente es una prisión más grande que cualquier encierro.
Liberar la mente y la creatividad permite habitar emociones diferentes.
Dibujar, escribir por primera vez, mirar 20 veces la mancha de la humedad de la pared hasta que te cuente una historia.
Mirar y mirar de mil formas los mismos objetos.
Qué me transmite lo que veo?
Qué otra cosa me podría transmitir?
Cómo desde mi pequeño lugar puedo aportar algo?
Cómo calmar a quienes sufren extremamente las situaciones?
Qué foma de cariño puedo dar?
Cómo apoyarnos mutuamente en este momento?
Qué momento importante para seguir tejiendo redes invisibles!
Veo un ave volar en el cielo.

BACTERIAS





El fin del mundo
Se da por la boca
Órgano máximo de bacterias
Indesinfectable agujero.

No hay más Lisoform
Ni Poett, ni enjuague bucal.
Los recursos se agotan
Más que la voluntad.

Ya se ha probado todo
El mundo crece por la boca
Y pudre
Y avanza.

Nadie es libre de decir
Porque las bacterias
Evolucionadas
dicen por ellas mismas.

Ya dominan
Todo decir
Y no hay caos,
Solo desgano.

Las bacterias
Reglaron todo
ya no es mundo
Es orden civilizado

PERDIDA TRAS UNA PÉRDIDA

.
Así me siento, perdida.
Sin brújula.
Paralizada como nunca antes.
En este tiempo de cuarentena, llega un adios forzado.
Una muerte.
Una pérdida.
Una de las esas grandes.
Una de esas que dejan hueco
.
En época de cuarentena
Donde un abrazo como limite y contención del dolor no puede hacerlo
Donde el encuentro con otrxs ayuda a la elaboracion,
me encuentro sola
En esta soledad deberé aprender a elaborar
Mirando el sol, los arboles, la luna, la gente desde la ventana
Conectándome conmigo misma forzosamente
Necesariamente
Asi sola
Escribo
Elaboro
Pienso
Repienso
Limito el pensar
Y siento
...
Lloro
Y me abrazo
Asi sola me siento acompañada



La enfermedad de pobre, en mi cabeza, suena y suena.
Cambiamos de paradigma como de calzón. Asumir el nuevo orden mundial, masticándolo, con rabia y dolor.
Y hoy, como en las rimas de Chicha, es la perfecta relación entre lo real y la ficción.
Un nuevo fin del mundo es posible,
es HOY.
Despiertxs y unidxs.

IG@FOCOILUMINA

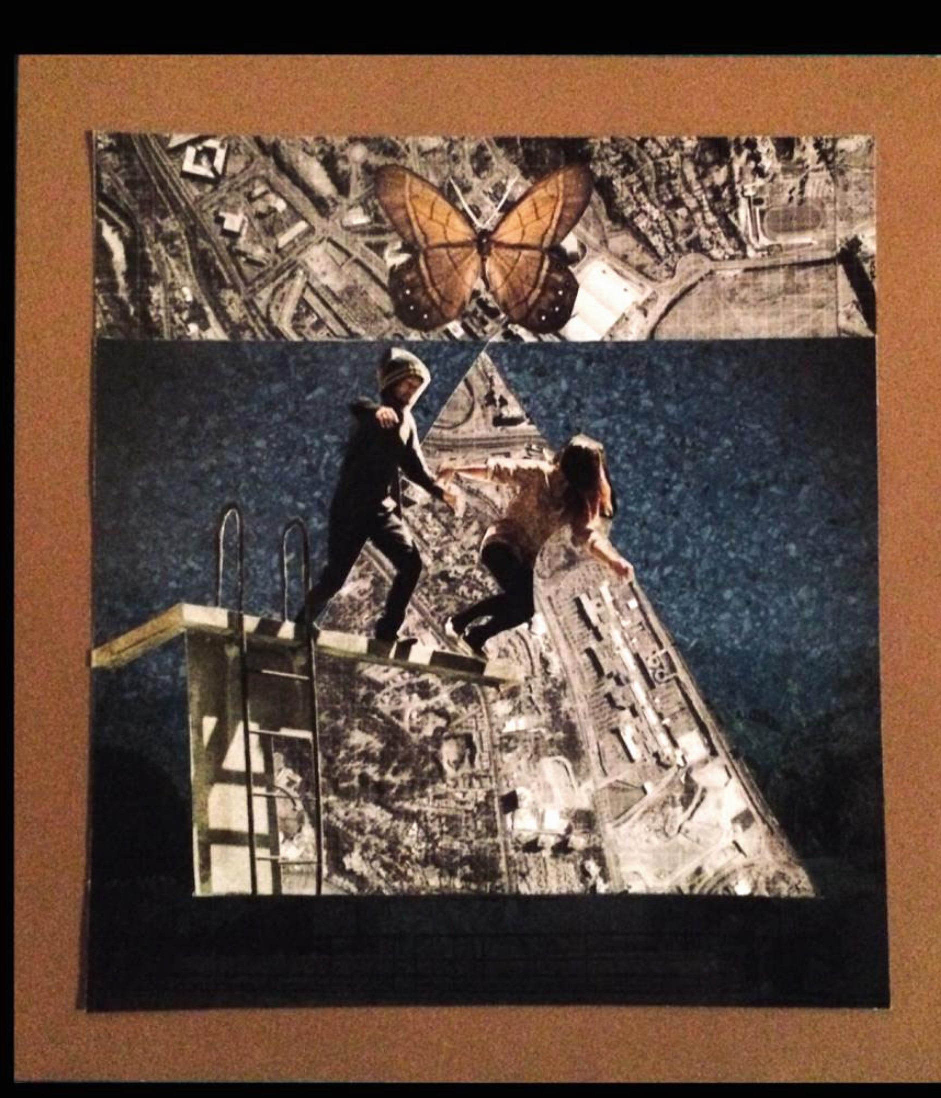


EL FIN DEL MUNDO... COMO LO CONOCEMOS

Llevas tres días encerrada, fingiendo que no pasa nada. El aislamiento no es un gran reto si estas acostumbrada a lo intenso. Caminas de un lado al otro sin concebir paciencia, pues esta misma se esfumó cuando hubo una prescripción por el bien de la vida externa. Duermes de día, estudias de noche y las noticias clandestinas llegan de boca en boca; medios alarmistas, gobiernos sin prudencia y un hombre senil lleva la cabecera de toda esta encomienda. Te preguntas si pronto podrás salir, te desesperas por que al menos antes podías evadir tus demonios internos que te orillaban a querer acabar con todo y huir. Del transcurso de escuela a casa, de casa a escuela, la vibra de los transeúntes, los olores a metrópoli, los gritos humanos sobrepasando los decibeles de tu música y lo grueso de tus audífonos; perderte en parques, leer un libro, mirar al cielo, tomar fotos, dibujar flores, evadir tu corazón roto... ¿Cuánto valorabas tu libertad? (Poco pues no sabías que iba a terminar). Ahora sola tratando de leer, tratando de escribir, tratando de creer que todo estará bien.
Recuerdas su nombre y lo gritas: - ¡Akuma!-es el nombre de tu lado oscuro, el lado que no dejas ver a la gente por temor al dolor inoportuno. Luchas, lloras, gritas por que no quieres lidiar con memorias reprimidas, sin embargo, el salir no es una opción y tu gente en tu misma habitación no entiende tu dolor.- ¡Akuma!- grita el silencio de vuelta como presentación de tan siniestro ser. A lo lejos escuchas el noticiero: -"La ayuda está en camino"- te preguntas: -"¿Qué ayuda? ¿Qué cura? ¿Qué nos puede salvar? Si el problema no es solo el virus, sino también la sociedad".- Vuelves a tu escondite, te tratas de controlar... pronto llega la noche y con ella tu oscuridad. Todo se torna neón como en video underground y entonces tus demonios comienzan a aflorar.
Akuma vuelve en compañía de todo lo que te da miedo de ti, y tratas de afrontar el escenario impuesto por tu mente, por tus miedos y así comprendes que el infierno no es solo afuera, sino también adentro... adentro de ti, de tu mente, de tus barreras emocionales, de tus traumas transversales, de los daños ambientales. Justo al borde del colapso, de la catarsis inminente recuerdas una frase últimamente recurrente en tu mente: "Sólo hay un medio para matar a los monstruos: aceptarlos.". Que buena

pauta de Cortázar, pero... Si los aceptas ¿Lo único que te quedará será ser como ellos? ¿Y si simplemente estás destinada a aprender de ellos? Verdaderamente esto es un gran misterio.
Hace varios años una gitana te dijo: -"Has conocido el dolor solo para comprender como destruirlo..."- entonces todo se aclara, el neón se vuelve brisa y tomas total entendimiento de que el fin del mundo es solo una mentira. Pandemias, apocalipsis... es solo la conciencia colectiva atrayendo energías para crear conciencia sobre quien nos da la vida.
Nunca habías visto tal esencia, al humano mismo pagando en tu era los errores cometidos y evadidos con tal ceguera. Comprendes que la verdadera problemática es el sistema, la matrix, las acciones sin reservas de dominación social y de la naturaleza. Akuma se va alejando como
corriente de río, que llegó a limpiar tu alma y a dejar moraleja porque él mismo sabe que tú no eres un caso perdido. Así te vuelves a tus libros, prendes tu música indie y acatas las órdenes sanitarias, en tu jaula de almohadas entendiendo el sentido, planeando el futuro y entendiendo este presente enfermo y deprimido.

TAN PALAFOX IG@TMPA97_



Y un día todo quedó en silencio: pararon las fábricas, frenaron los autos, apagaron las máquinas. Y un pájaro cantó.

Y se escuchó el susurro del río, y el viento limpió las tristezas y las penas. Y las plantas lo invadieron todo.

Y aparecieron: una, dos, tres, cien personas. Y se abrazaron. Y bailaron.

Y cantaron con los pájaros y se fundieron con los ríos. Y pidieron permiso a los árboles para refugiarse entre sus ramas.

Y fueron unos con la Pacha.

Y comulgaron con la vida.

Y sembraron maíz y compartieron semillas. Y las mujeres parieron con su fuerza infinita.

Y la vida fue vida y no escaparle a la muerte.

MARÍA PALUMBO

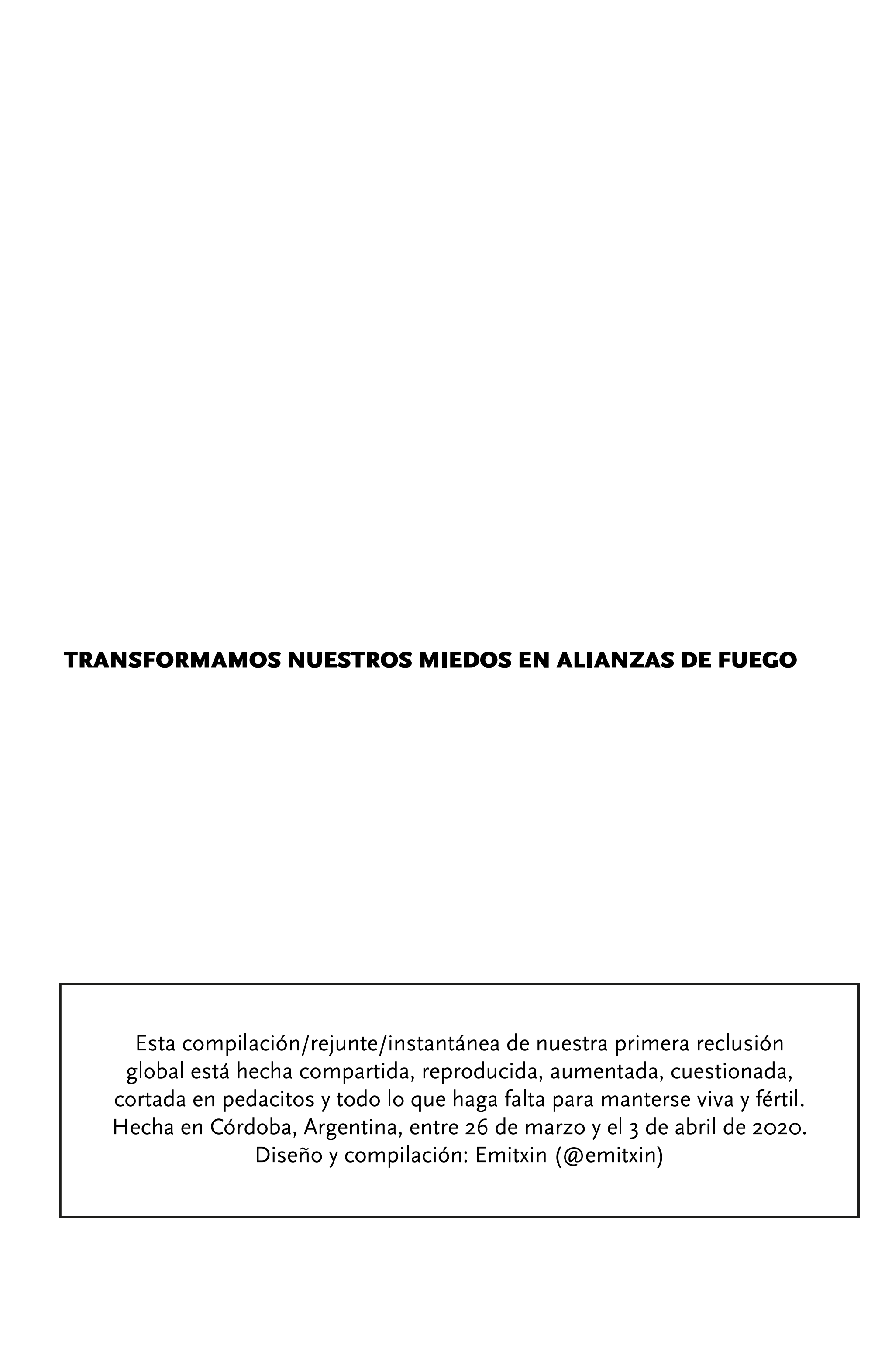
LA CIUDAD DE LAS PERSONAS GRISES

LA EXTRAÑA HISTORIA DE LA COMUNA DEL KOKTBEL

Los fuertes movimientos geológicos de la costa del Pacífico en la región de Tóhoku ocurridos en el 2011 han provocado el levantamiento de masas terrestres del istmo de Perekop, haciendo salir a la superficie tierras sumergidas desde hace tiempo por las oscuras aguas del mar de Azov.
La retirada reciente del mar ha permitido a los equipos de Antropología Selectiva y el de Geología Política desarrollar un intenso trabajo en las extendidas costas del Kerch crimeo, en los límites de la actual Alushta. Apoyados en las novedosas técnicas de la restrospectiva económica computada y los más recientes avances en Carbono 14, estos grupos académicos lograron reconstruir con precisión de milímetros y segundos la trágica historia de "La Comuna del Koktbel".
Dos siglos antes de Cristo la península de Kerch se constituía como un centro de intercambio comercial por el que fluía un intenso caudal de riquezas.
Los cultivos de cebada del Tamán, las maderas trabajadas del Sebatopol y los cueros que llegaban del Asia meridional se intercambiaban de una manera mucho más compleja de lo que se creía hasta ahora. Un sistema monetario asentado en la extensa producción local de gemas (principalmente rubíes, zafiros y esmeraldas de los yacimientos de Alushta), permitió el surgimiento de lo que se ha llamado "proto-asalarismo". Los grupos excluidos de la circulación de riquezas eran partícipes de una ínfima porción de gemas a cambio del mantenimiento de la infraestructura urbana. La saki (población de las periferias) se encargaba entonces del duro trabajo de sostener en condiciones los caminos, desagües y vertederos por una pequeñísima porción de gemas que les alcanzaba para negociar en el mercado escasas porciones de cebada, consiguiendo apenas sobrevivir.
Las revueltas eran constantes, sobretodo en épocas de escases o carestía de víveres. Cada revuelta no tardaba más de dos días en ser sofocada por el Dzhankoy, el sanguinario ejército de los mercaderes de gemas, que no toleraban ninguna interrupción en

el comercio, que aplastaban cualquier cosa que les impidiese hacerse con todas las riquezas del Kerch.
El año 138 A.C. fue testigo de La Batalla de las Gemas. A principios de ese año, comenzó a tener relevancia la Kurganes Saki (llamadas así despectivamente por el Dzhankoy, la traducción es confusa, una aproximación es “muchedumbre que salta”), un embrionario ensayo de milicia revolucionaria integrada por las personas que mantenían calles, desagües y vertederos. El objetivo de la Kurganes Saki era destruir los depósitos de gemas y con ellos el poder de los mercaderes. El enfrentamiento fue cruento, pero el conocimiento de la Kurganes Saki del sistema de desagües de la ciudad les permitió burlar las defensas Dzhankoy y alcanzar los depósitos de gemas que se encontraban sobre un pequeño cerro.
Con los depósitos destruidos, las gemas rodaron cerro abajo e inundaron la ciudad y las personas de la saki se abalanzaron sobre ellas.
En ese mismo momento, entró en repentina erupción el volcán del Monte Jázaro. El estallido fue tan repentino que cubrió de cenizas la totalidad del Koktbel en menos de 12 minutos. Todas las personas que sobrevivieron a la Batalla de las Gemas se vieron envueltas en las grises cenizas del Jázaro. Desesperadas, abandonaron las gemas e intentaron correr hacia el mar.
Antes de que pudiesen salir del centro de la ciudad, un río de lava atravesó Koktbel. El terrible calor fundió las gemas, que, derretidas, cubrieron casas, almacenes, desagües y caminos.Todos los edificios se pintaron de los colores de las esmeraldas, zafiros, rubíes que perdían su solidés ante la potencia del volcán.
Los galpones donde se almacenaban la cebada del Tamán y las maderas del Sebatopol se fundieron en el río de lava, dándole la apariencia a la vez preciosa y demoníaca de un mar de pieles fundidas de todos los árboles y animales que hayan habitado la tierra.
La ceniza que cubría a las personas las aisló del insoportable calor, permitiéndoles ver cómo la ciudad que habían construido se fundía en un lago de cristales preciosos.

Un papiro petrificado dentro de uno de los cristales reza:
“Cubiertas de gris, las personas somos iguales. Las cenizas han trazado con el firme puño de las entrañas de la tierra el manifiesto de la libertad y la igualdad. Los viejos privilegios han sido destruidos y la belleza de los cristales adorna hoy nuestra ciudad de colores. La ciudad por fin es de quienes la trabajan.
Declaramos, en medio del fuego, las ruinas y las cenizas, fundada la Comuna del Koktbel, ciudad de personas grises, libre de toda explotación, discriminación e imposición. Los colores de un mundo nuevo brillan en nuestras paredes y abren nuestros caminos.”
Los grupos académicos calculan que las cenizas resguardaron a la población de las altísimas temperaturas durante 50 ó 60 minutos. Entre 50 y 60 minutos, ese fue el tiempo de vida de la extraña y preciosa Comuna del Koktbel, ciudad de las personas grises.
Foto aérea de la Comuna del Koktbel en la actualidad. Península de Kerch. Crimea. (2014)



TRANSFORMAMOS NUESTROS MIEDOS EN ALIANZAS DE FUEGO

Esta compilación/rejunte/instantánea de nuestra primera reclusión global está hecha compartida, reproducida, aumentada, cuestionada, cortada en pedacitos y todo lo que haga falta para manterse viva y fértil.
Hecha en Córdoba, Argentina, entre 26 de marzo y el 3 de abril de 2020.
Diseño y compilación: Emitxin (@emitxin)